

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMENARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

<p>PRECIOS : EN MADRID, ENVIADO A DOMICILIO.</p> <p>Seis meses. 15 » Un año. 28 »</p>	<p>Se suscribe en Madrid en la administracion. libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bally-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central. calle del Principe, núm. 11. En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.</p>	<p>PRECIOS : EN PROVINCIAS, FRANCO DE PORTE.</p> <p>Seis meses. 21 » Un año. 38 »</p>
--	---	--

Los Sres. Suscritores, cuyo abono concluye en 30 de Junio, se servirán renovar oportunamente su suscripcion, para que no sufran retraso en el recibo del SEMENARIO.



Dos indios armados en guerra y montados en magnificos caballos estaban parados á veinticinco pasos. ... (Pág. 402, columna 3.ª)

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.— Véase el n.º 25).

Los dos hombres se inclinaron respetuosamente sobre el cuello de sus caballos. La ventana volvió a cerrarse. Luis lanzó un suspiro profundo. — ¡Adios para siempre! murmuró ahogando un sollozo.

— ¿Quién sabe? dijo Valentin. — Clavaron espuelas á sus caballos y desaparecieron muy pronto en las revueltas del camino. Tres ó cuatro días despues, D. Tadeo y D. Gregorio se ponian tambien en marcha para Valdivia, á donde conducian á doña Rosario. Pero el enemigo, de quien creian haberse

desembarazado en la Quinta Verde, no habia muerto.

El puñal de los Corazones sombríos no fué mas certero que las balas del general.

Los dos enemigos iban á encontrarse de nuevo frente á frente muy pronto.

El general Bustamante, no obstante la herida espantosa que recibiera, merced á los cuidados inteligentes que se le prodigaron, y sobre todo, gracias á su fuerte constitucion, tardó muy poco en entrar en convalecencia.

D. Pancho y la Linda, unidos para en adelante por el vinculo mas fuerte, que era un odio personal comun, se disponian á tomar la revancha y á vengarse de D. Tadeo de una manera ruidosa.

El general señaló el momento en que recobró su salud por crueldades inauditas cometidas contra los hombres sospechados de liberalismo, é inauguró en todo el territorio de la república un sistema de terror espantoso.

D. Tadeo de Leon habia sido puesto fuera de la ley, y á sus amigos los encerraron en calabozos y les confiscaron sus bienes. Luego, cuando el general pensó que con todas estas vejaciones habria reducido á sus enemigos al último extremo, y que no tendria que temer nada ya de él ni de sus partidarios, salió de Santiago con el pretesto de hacer una visita á las provincias de la república, y no tardó en emprender el camino de Araucanía, acompañado de su querida.

XVI.

EL ENCUENTRO.

Como ahora los principales incidentes de esta historia van á desarrollarse en la Araucanía, creemos necesario dar al lector algunas ideas acerca de aquel pueblo, que fué el único, entre todas las naciones que los españoles encontraron en América, que logró resistirlos y conservar intactas, hasta la época en que nos hallamos, su libertad y casi todo su territorio.

Los araucanos ó *Moluchos* habitan el hermoso pais situado entre los rios Biobio y Valdivia. Por

un lado el mar y por el otro la gran cordillera de los Andes.

Así, pues, se hallan completamente enclavados en la república chilena, de la que, según lo hemos dicho, han sabido permanecer siempre independientes.

El que se figurase que los indios son salvajes, cometería un error inmenso.

Los araucanos han tomado de la civilización europea todo cuanto podía ser útil á su carácter y á su modo de vivir, sin cuidarse de los demás.

Desde los tiempos más remotos, este pueblo había formado un cuerpo de nación fuerte, compacto y regido por leyes sabias y rigurosamente cumplidas.

A los primeros conquistadores españoles les sorprendió en extremo encontrar en aquel rincón remoto de la América una república aristocrática poderosa y un feudalismo organizado casi sobre la misma norma que la que pesaba sobre la Europa del siglo XIII.

Entraremos aquí en algunos pormenores del gobierno de los araucanos, que se titulan á sí mismos con orgullo *ahucas*, hombres libres.

Estos pormenores acerca de un país demasiado poco conocido hasta el día, estamos convencidos de que no pueden menos de interesar al lector.

La inteligencia de aquella nación se revela en la singularidad de las divisiones políticas de su territorio. Hállase dividido del Norte al Sur en cuatro *Utal-Mapus* ó gobiernos, denominados el *Lanquem-Mapus*, país marítimo; el *Telium-Mapus*, país llano; *Inapiré-Mapus*, país bajo los Andes, y *Piré-Mapus*, país en los Andes.

Cada *Utal-Mapus* se divide á su vez en cinco *Allareques* ó provincias, que forman nueve *Regnes* ó distritos.

La comarca marítima comprende los países de *Arauco*, *Tucapel*, *Micwa*, *Baron* y *Nagtollen*. La comarca llana, *Puren*, *Ancol*, *Maquegna*, *Maxigaina* y *Repocura*. La comarca al pie de los Andes contiene los países de *Chacaico*, *Marben*, *Colhue*, *Quecheregua* y *Quanahna*.

Por último, el país de los Andes, propiamente dicho, comprende los valles de la cordillera, habitada por *Puelches*, montañeses terribles que en otro tiempo formaban una tribu aliada de los araucanos; pero que ahora se gobiernan por sus propias leyes.

Los jefes principales de los araucanos son los *Toquis* (1), los *Apo-Ulmenes* y los *Ulmenes*.

Hay cuatro *Toquis*, uno para cada *Utal-Mapus*. Tienen bajo sus órdenes á los *Alpo-Ulmenes*, quienes á su vez mandan á los *Ulmenes*.

Los *Toquis* son independientes entre sí; pero se hallan confederados para el bien público.

Los títulos son hereditarios y pasan de varones á varones. Los vasallos ó *mosolones* son libres. Únicamente en tiempo de guerra se hallan sujetos al servicio militar. Por lo demás, en aquel país todos los hombres que se hallan en estado de llevar las armas son soldados, y esto es lo que constituye su fuerza.

Se puede comprender lo que son los jefes, diciendo que el pueblo los considera como los primeros entre sus iguales, por lo cual su autoridad es bastante precaria, y si alguna vez ciertos *Toquis* han querido extender su autoridad, el pueblo, celoso de sus privilegios, ha sabido contenerlos siempre en los límites prescritos por los antiguos usos.

Una sociedad cuyas costumbres son tan sencillas, y sus intereses tan poco complicados, que se halla gobernada por leyes sabias, y en la que todos sus miembros profesan un amor ardiente á la libertad, es indomable. Esto fué lo que los españoles aprendieron á conocer varias veces á su propia costa.

Después de haber intentado en diferentes ocasiones someter aquel pequeño rincón de tierra, aislado en medio de su territorio, concluyeron por reconocer la inutilidad de sus esfuerzos, y se declararon fácilmente vencidos, renunciando para siempre á sus proyectos de dominio sobre los araucanos, con los cuales, en último resul-

tado, contrajeron alianzas, y cuyo territorio atraviesan hoy pacíficamente para trasladarse desde Santiago á Valdivia.

El *Carampangue*, que en idioma araucano significa *Refugio de los Leones*, es una hermosa corriente de agua, medio torrente y medio río, que baja saltando de la cumbre inaccesible de los Andes, y después de describir los rodeos más caprichosos, va á perderse en el mar, á más de dos leguas al norte de Arauco.

Nada hay tan hermoso como las orillas del *Carampangue*, en las cuales se ven pequeños valles cubiertos de bosques de manzanos cargados de fruto, de ricos pastos en que se alimentan en libertad ganados de todas clases, y de montañas elevadas, de cuyas verdes faldas cuelgan en las posiciones más pintorescas, verdaderos racimos de cabañas, cuyas paredes, blanqueadas con cal, brillan al sol y dan vida á aquel paisaje encantador.

El día en que comienza nuestra narración, en una hermosa mañana de julio, mes llamado por los indios *Ayen-Anta*, ó mes del sol, dos ginetes seguidos de un magnífico perro de Terranova, blanco y negro, subían al trote largo en dirección opuesta al curso del río, caminando por un sendero de fieras apenas trazado entre la elevada yerba.

Aquellos hombres, vestidos con el traje chileno y surgiendo de improviso en aquella naturaleza salvaje y majestuosa, por sus modales y su aspecto exterior formaban singular contraste con cuanto les rodeaba, contraste que ellos mismos no sospecharían probablemente, porque viajaban con tanta indiferencia por aquella comarca bárbara, sembrada de peligros y emboscadas innumerables, como si se hubieran hallado en el camino de París á Saint-Cloud.

Estos dos hombres, á quienes de seguro habrá conocido ya el lector, eran el conde Luis de Prebois-Crancé y Valentin Guillois, su hermano de leche.

Habían atravesado sucesivamente á Maulé, Talca y Concepción. Hacia dos meses largos que estaban en camino, el día en que los encontramos en plena Araucanía, viajando filosóficamente, en compañía de su perro César, por las orillas del *Carampangue*, el 14 de julio de 1837, á las once de la mañana.

Los jóvenes habían pasado la noche en un rancho abandonado que encontraron en el camino, y al salir el sol, habían vuelto á ponerse en marcha.

Así es que comenzaban á sentir apetito.

Después de haberse enterado del sitio en que se hallaban, vieron un grupo de manzanos que interceptaba los rayos ardientes del sol y les ofrecía un abrigo conveniente para descansar y almorzar.

Echaron pié á tierra y se sentaron al pié de un manzano, dejando á sus caballos que pastasen los tallos y retoños de los árboles.

Valentin echó abajo con un palo algunas manzanas, abrió sus alforjas, sacó galletas, un pedazo de tocino salado y un queso de leche de cabras, y luego ambos jóvenes comenzaron á comer alegremente, compartiendo con entera fraternidad sus provisiones con César, que sentado gravemente en frente de ellos, sobre sus patas traseras, seguía con la vista cada bocado que se llevaban á la boca.

—¡Caramba! dijo Valentin haciendo una mueca; dá gusto sentarse cuando se está á caballo desde las cuatro de la mañana.

—En verdad que sí. Me siento algo cansado, dijo Luis.

—¡Ah! pobre amigo mío! no estás acostumbrado, como yo, á caminatas largas, y soy un necio en no haber pensado en ello.

—¡Bah! te aseguro que me acostumbro muy bien, por el contrario. Y luego, añadió lanzando un suspiro, el cansancio físico me hace olvidar...

—¡Es verdad! dijo Valentin interrumpiéndole; vamos me alegro de oírte hablar así. Veo que te vas haciendo hombre.

—Luis movió tristemente la cabeza.

—¡No! dijo, te equivocas; solo que, como el

mal que me mina no tiene remedio, me esfuerzo para adoptar mi partido.

—Si; la esperanza es una de las ilusiones supermas del amor, y cuando ella no puede existir, este muere.

—O muere el que lo siente, dijo el joven con una sonrisa melancólica.

Hubo un momento de silencio.

Valentin fué el primero que volvió á tomar la palabra.

—¡Qué país tan encantador! exclamó con fingido entusiasmo á fin de dar otro giro á la conversación y tragándose con alegría un enorme pedazo de tocino.

—Si; pero los caminos son rudos.

—¿Quién sabe? dijo Valentin con una sonrisa. Quizás sea este el camino del paraíso.

Luego, dirigiéndose al perro, añadió:

—¿Y tú, César, qué piensas de nuestro viaje? hijo mío.

El perro meneó la cola, fijando en su amo sus ojos que chispeaban de inteligencia, y devorando con sumo apetito cuanto este le abandonaba.

Pero se detuvo bruscamente en su operación masticatoria; levantó la cabeza, enderezó las orejas y aulló con furor.

—¡Silencio, César! dijo Valentin; ¿porqué ladra V. así? ¡Ya sabe V. que estamos en un desierto, y en los desiertos no hay nadie! qué diablos!....

César continuaba sus ladridos sin hacer caso de su amo.

—Mira, dijo Luis, no participo de tu opinión y creo que los desiertos de América están demasiado habitados.

—Quizás tengas razón.

—Los gritos del perro no son naturales. Debemos adoptar algunas precauciones.

—Déjame manejar, dijo Valentin.

Y dirigiéndose al perro de Terranova, añadió:

—¡Ah! ¿No quieres callarte, César? Eso comienza á ser fastidioso. Vamos, ¿qué te atormenta así? has encontrado algún ciervo? ¡Caramba! Sería una buena proporción para nosotros.

Se levantó y dirigió una mirada interrogadora en torno suyo. Pero se bajó en seguida, cogiendo su rifle y haciendo á Luis una señal para que tomase el suyo á fin de estar dispuestos para todo evento.

—¡Diablos! dijo: César tiene razón, y debo confesar que yo soy un imbécil. Mira, Luis.

Este dirigió la vista hacia el lado que le indicaba su compañero.

—¡Oh! oh! dijo, ¿qué es esto?

—Creo que vamos á tener que hacer.

—Sea lo que Dios quiera, contestó Luis mostrando su rifle.

Diez indios armados en guerra y montados en magníficos caballos, estaban parados á veinticinco pasos cuando más de los viajeros, sin que estos pudiesen comprender cómo habían llegado á acercarse tanto á ellos sin ser descubiertos.

No obstante los esfuerzos de Valentin, César continuaba sus furiosos ladridos é intentó precipitarse sobre los indios.

Los guerreros araucanos, inmóviles é impasibles, no habían hecho un gesto ni un movimiento; pero miraban á los franceses con una atención que á Valentin, que tenía de suyo poca paciencia, comenzaba á encontrar excesivamente inoportuno.

XVII.

LOS PUELCHES.

—Hé ahí, dijo Valentin silbando al perro, que corrió inmediatamente á colocarse á su lado; hé ahí unos mozos que me parece que no tienen intenciones muy amistosas. Desconfiemos, que no se sabe lo que puede suceder.

—Son araucanos, dijo Luis.

—¿Es? crees? Entonces son muy feos.

—No por cierto. ¡Oh! te aseguro que los encuentro muy guapos.

—Bajo el punto de vista del arte, puede que sea así. En todo caso, veámosles venir.

Y apoyándose en su rifle aguardó.

(1) Esta palabra procede del verbo *Toquin*, que quiere decir juzgar ó mandar.

Los indios hablaban entre sí sin dejar de mirar á ambos jóvenes.

—Se consultan para saber con qué salsa nos comerán, dijo Valentin.

—Nada de eso.

—Te digo que sí.

—¡Pardiez! no son antropófagos.

—¡Ah! tanto peor. Eso les falta. En París los salvajes que enseñan en las plazuelas son antropófagos.

—¡Loco! siempre te has de estar riendo.

—¿Te gusta mas que llore? Me parece que nuestra posicion, en este momento, no es ya por sí misma tan seductora para que todavia procuremos hacerla peor.

Los indios eran en su mayor parte hombres formales, de edad de cuarenta á cuarenta y cinco años, vestidos con el traje Puelche, que es una de las naciones mas belicosas de la Alta Araucania. Llevaban el poncho de variados colores flotando sobre los hombros, las calzoneras oprimidas en las caderas y cayendo hasta los tobillos, la cabeza descubierta, la cabellera larga, lisa y brillante, sujeta con una cinta encarnada que los ceñía la frente como una diadema, y la cara pintada de diferentes colores.

Sus armas consistían en una lanza larga de caña, un cuchillo colocado en sus botas de piel de toro sin curtir, un fusil colgado de la silla de sus caballos, y una rodela redonda cubierta de cuero y adornada con crines de caballo y mechones de pelo humano.

El que parecia ser jefe de ellos era hombre de elevada estatura, facciones espresivas, duras y altaneras, con cierta espresion de franqueza, prenda escasa entre los indios. La única cosa que le distinguía de sus compañeros era una pluma de águila de los Andes, colocada derecha sobre el lado izquierdo de la cabeza en una cinta de color encarnado vivo, que sujetaba sus cabellos.

Este jefe, despues de haber consultado durante algunos minutos con sus compañeros, se adelantó hácia los viajeros haciendo caracolear su caballo con inimitable gracia, y bajando su lanza en señal de paz.

A tres pasos de Valentin se detuvo y le dijo en español, despues de un saludo ceremonioso á la manera india, colocando la mano derecha sobre el pecho é inclinando lentamente la cabeza por dos veces consecutiva:

—¡Marry, marry! Mis hermanos son *muruches* (extranjeros) y no *culmen-huinca* (miserables españoles). ¿Por qué se encuentran tan lejos de los hombres de su nacion?

Esta pregunta, hecha con un acento gutural, y en ese tono enfático, peculiar á los indios, fué comprendida perfectamente por los jóvenes, quienes, segun hemos hecho observar, hablaban correctamente el español.

—¿Hé ahí un salvaje, dijo Valentin á su compañero, á quien encuentro bastante curioso. ¿Qué le parece?

—¡Bah! dijo Luis, respóndele de todos modos, que eso á nada nos compromete.

—A la verdad, tienes razon, observó Valentin. No nos espondrá á comprometernos mas de lo que estamos.

—Y se volvió hácia el jefe que aguardaba impasible.

—Vamos viajando, dijo lacónicamente.

—¿Y así solos? replicó el jefe.

—¿Le sorprende á V. eso, amigo mio?

—¿Nada temen mis hermanos?

—¿Qué podemos temer? dijo el parisiense con tono jactancioso. Nada tenemos que perder.

—¿Y la cabellera?

Luis se echó á reír mirando á Valentin.

—Oye, ¿se burlará acaso del color algo raro de mis cabellos ese feo mascarón? murmuró Valentin ofendido por la observacion del jefe, y equivocando su intencion. Aguarda un poco.

Y repuso en alta voz.

—Tengan VV. la bondad de pasar de largo, señores salvajes. Lo que me dice V., no me gusta en manera alguna. ¿Lo entienden VV.?

Y montando su rifle se lo echó á la cara apuntando al jefe.

Luis habia seguido atentamente las diferentes

peripecias de aquella conversacion sin decir una palabra. Imitó el movimiento de su amigo y dirigió el cañon de su rifle al grupo de los Indios.

El jefe, sin duda, no habia comprendido gran cosa del discurso de su adversario; pero lejos de parecer que se asustaba por el gesto amenazador que le terminaba, consideró con visible placer el aspecto marcial y decidido de los franceses, y luego bajando suavemente el cañon de las armas dirigidas contra su pecho, dijo con tono conciliador:

—Mi amigo se equivoca. En manera alguna tengo intencion de insultarle. Soy su *penny* (hermano) y el de su compañero. ¿Estaban comiendo los rostros pálidos cuando yo he llegado con mis jóvenes guerreros?

—Si, jefe, dice V. la verdad, exclamó Luis alegremente, interrumpiéndole. Su repentina aparicion ha impedido que terminemos el mal almuerzo que estábamos haciendo.

—Y que está á la disposicion de V., prosiguió Valentin, señalando con la mano á las provisiones desparramadas sobre la yerba.

—¡Acepto! dijo el indio bondadosamente.

—¡Bravo! dijo Valentin tirando su rifle al suelo y disponiéndose á sentarse, pues entonces á la mesa.

—Si, repuso el jefe, pero con una condicion.

—¿Cuál es? preguntaron los jóvenes.

—La de traer mi parte.

—Concedido, dijo Luis.

—¡Es muy justo! exclamó Valentin apoyándose, con tanto mas motivo, cuanto que no somos muy ricos, y solo podemos ofrecer á VV. un festin de harto escasa importancia.

—El pan de un amigo siempre es bueno, dijo sentenciosamente el jefe.

—¡Admirablemente contestado! Por desgracia, en este momento el pan no es mas que galleta averiada.

—Yo proveeré.

El jefe dijo algunas palabras en molucho á sus compañeros.

Cada uno de ellos registró sus alforjas y sacó tortillas de maiz, charqui y varias botellas llenas de chicha, especie de cidra hecha con manzana y maiz. Todo ello fué colocado sobre la yerba delante de los franceses, maravillados de la abundancia súbita que sin transicion alguna sucedía á su escasez.

Los indios echaron pié á tierra y se sentaron en circulo en torno de los viajeros.

El jefe se volvió entonces hácia sus convidados y les dijo con dulce sonrisa.

—Coman mis hermanos.

Los jóvenes no se hicieron repetir esta invitacion halagüeña. Atacaron valerosamente las provisiones que con tanta galanteria se les ofrecían.

Durante los primeros minutos, reinó el mayor silencio entre los convidados; pero tan luego como se hubo calmado algun tanto el apetito, volvió á animarse la conversacion.

Los indios son quizas los hombres que mejor entienden las leyes de la hospitalidad.

Tienen el instinto de las reglas sociales y del bien parecer, si nos es permitida esta espresion, que les hace adivinar al primer golpe de vista, con infalible exactitud, cuáles son las preguntas que pueden dirigir á sus huéspedes y el punto en que han de detenerse para no cometer una indiscrecion.

Los dos franceses, que por primera vez, desde su llegada á América, se encontraban en contacto con los araucanos, no volvían en sí de la sorpresa que les causaban la urbanidad y los modales nobles y desembarazados de los hombres á quienes bajo la fé de narraciones, mas ó menos engañosas, se habian acostumbrado, así como todos los europeos, á considerar como salvajes groseros, casi desprovistos de inteligencia é incapaces de un proceder delicado.

—¿Mis hermanos no son españoles? dijo el jefe.

—¡Es verdad! contestó Luis, pero ¿cómo lo ha observado V.?

—¡Oh! dijo con una sonrisa desdeñosa: conocemos bien á esos *chiaptos* (malos soldados); son enemigos harto antiguos para que comelamos un

error respecto á ellos (1). ¿Y de qué isla son nuestros hermanos?

—¡Nuestro pais no es una isla! observó Valentin.

—Mi hermano se equivoca, dijo enfáticamente el jefe. Solo hay un pais que no sea una isla: la gran tierra de los *ahucas* (hombres libres).

Los jóvenes inclinaron la cabeza. Ante una opinion emitida de un modo tan perentorio, se hacia imposible toda discusion.

—¡Somos franceses! contestó Luis.

—¡Franceses! buena nacion! valiente! Tuvimos varios guerreros franceses en tiempo de la gran guerra.

—¡Ah! dijo Luis con curiosidad: ¿han combatido con VV. algunos guerreros franceses?

—¡Sí! contestó el jefe con orgullo, guerreros de barba gris, cuyo pecho estaba cubierto de golpes, heridas honrosas, recibidas en las guerras de su isla, cuando combatian bajo las órdenes de su gran jefe *Taleon* (1).

—¡Napoleon!.... dijo Valentin sorprendido.

—Si.... Creo que así es como los rostros pálidos pronuncian su nombre. ¿Le conoció mi hermano? preguntó el indio con viveza y con una curiosidad mal reprimida.

—No, contestó el joven. Aunque nací bajo su reinado, nunca pude verle y ahora ha muerto.

—Mi hermano se equivoca, dijo el puelche con cierta solemnidad. Guerreros como ese nunca mueren. Cuando han cumplido su mision sobre la tierra, se van al *eskennanne* (paraiso) á cazar al lado de *Pillian* (Dios), dueño del mundo.

Ambos jóvenes se inclinaron con aire convencido.

—¡Es singular! dijo Luis, que la reputacion de ese genio poderoso se haya estendido hasta los sitios mas remotos é ignorados del globo, y que se haya conservado pura y brillante en medio de estos hombres toscos, cuando en esa Francia, por la cual todo lo hizo, se han encarnizado de continuo en aminorarla y aun se procura destruirla.

—Segun hacen sus compatriotas, que de vez en cuando recorren nuestros territorios de caza, nuestros hermanos tendrán, sin duda, intencion de comerciar al venir entre nosotros.... ¿Dónde están sus mercancías? repuso el jefe.

—No somos mercaderes, contestó Valentin. Venimos á visitar á nuestros hermanos, los araucanos, cuya sabiduria y hospitalidad nos han ponderado.

—Los moluchos quieren á los franceses, dijo el jefe halagado por aquella lisonja. Mis hermanos serán bien recibidos en todas las *tolderias* (aldeas).

—¿A qué tribu pertenece mi hermano? preguntó Valentin, lisonjeado interiormente por la buena opinion que los indios tenian de sus compatriotas.

—Soy uno de los ulmenes principales de la tribu *Sagrada de la gran liebre*, dijo el jefe con orgullo.

—Gracias. Una palabra mas.

—Mi hermano puede hablar. Mis oidos están abiertos.

—Vamos en busca de un jefe molucho á quien estamos recomendados por amigos de nuestro color con los cuales ha traficado con frecuencia.

—¿Cuál es el nombre de ese jefe?

—*Antinahuel*.

—¡Bueno!

—¿Le conoce mi hermano?

—Le conozco. Si mis hermanos quieren seguirme, verán el toldo de un jefe en el cual serán recibidos como *penmis*. Tan luego como hayan descansado, si lo desean, les conduciré yo mismo junto á Antinahuel, el Toqui mas poderoso de las cuatro *Utal-mapus* de la Confederacion araucana.

—¿Cuál es la provincia gobernada por Antinahuel?

(1) No estrañará el lector este lenguaje puesto en boca de los indigenas respecto de sus primitivos conquistadores; hoy siguen dando el mismo nombre denigrativo á los que ya no forman parte de nuestra nacion.

(4) Napoleon. Histórico.

(N. del T.)
(Idem.)

— El Pire-Mapu, es decir, el interior de los Andes.

— Gracias.

— ¿Aceptan mis hermanos la proposición que les he hecho?

— ¿Por qué no hemos de aceptarla, jefe, si como creo, es formal?

— Pues que veagan mis hermanos, repuso el jefe sonriendo, mi toldería no está lejos.

Hacia tiempo que habían terminado el almuerzo, y los indios se hallaban ya a caballo.

— Vamos allá, dijo Valentín. Estos indios me parece que nos hablan con franqueza, y luego es una ocasión que se nos proporciona para hacer un estudio de las costumbres interesantes. ¿Qué te parece, Luis?

— Esto podrá ser curioso. En verdad, no veo inconveniente alguno para aceptar.

— Pues entonces, a la gracia de Dios.

De un salto se puso Valentín a caballo. Luis le imitó.

— ¡En marcha! dijo el jefe.

Los guerreros puelches arrancaron al galope.

— De todos modos, decía Valentín con su voz burlesca, es preciso confesar que estos salvajes tienen cosas buenas. Me sorprende a mí mismo el vivo interés que han inspirado. Son verdaderos montañeses escoceses en cuanto a la hospitalidad. ¿Qué pensarían mis compañeros del regimiento, y sobre todo, mis antiguos amigos del boulevard del Temple, si supieran lo que me sucede en este momento? ¡Che! Después de mí el fin del mundo.

Luis se sonrió al oír este chiste del incorregible pilluelo, y sin volver a sentir la menor inquietud, ambos jóvenes se abandonaron alegremente a sus guías, quienes, después de haberse separado de las orillas del río, corrían a galope tendido en dirección de las montañas.

XVIII.

EL CHACAL NEGRO.

Para la inteligencia de los hechos que vamos a narrar a continuación, nos vemos obligados a referir aquí una aventura que ocurrió veintitantos años antes de la época en que comienza nuestra historia.

Hacia fines del mes de diciembre de 1816, en una noche fría y lluviosa, un ginele montado en un excelente caballo y cuidadosamente embozado en una ancha capa, seguía al trote largo el camino, ó mas bien el sendero practicado en las montañas que conduce de Cruces a san José.

Aquel hombre era un rico propietario que a la sazón hacia una escursión a la Araucanía para entrar en tratos con los indios acerca de una crecida cantidad de bueyes y de carneros.

Habiendo salido de Cruces hacia las dos de la tarde, se retrasó en el camino tratando varios negocios con unos *huasos*, y tenía prisa de llegar a una hacienda que poseía a algunas leguas del sitio en que se hallaba en aquel momento, y en la cual contaba pasar la noche.

El país no estaba tranquilo.

Hacia algunos días que los puelches habían aparecido armados en las fronteras de Chile, y hecho correrías en el territorio de la república, incendiando las chacras, arrebatando las familias que podían sorprender, mandados por un jefe denominado el Chacal Negro, cuya crueldad llevaba el espanto a los pueblos espuestos a sus estragos.

Por eso el hombre de quien hemos hablado avanzaba por el camino desierto de su hacienda con secreta inquietud y temor.

Cada minuto aumentaban sus recelos.

La tormenta que durante todo el día había estado amenazando, acababa de estallar al fin con un furor desconocido en nuestras regiones. El viento silbaba con fuerza entre los árboles que conmovía, la lluvia caía a torrentes y los relámpagos deslumbraban al caballo, que se levantaba de manos y se negaba a seguir adelante.

El ginele espolcaba a su cabalgadura reacia y obstinada, y procuraba orientarse en cuanto se lo permitía la oscuridad.

Con dificultades inauditas había vencido los mayores obstáculos. Ya veía destacarse a cierta distancia en la sombra las tapias de su hacienda, y rielar como estrellas las luces que tenían los que velaban aguardándole, cuando su caballo dió un salto de costado tan imprevisto, que estuvo a punto de arrojarle de la silla.

Cuando después de esfuerzos increíbles logró dominar a su caballo, buscó el motivo de su repentino terror.

Entonces vió con espanto varios hombres de rostros siniestros que estaban inmóviles delante de él.

El primer movimiento del ginele fué echar mano a sus pistolas, con el fin de vender muy cara su vida, porque comprendió que había caído en una emboscada de bandidos.

— No toque V. a sus armas, D. Antonio Quintana, dijo una voz ruda, no se quiere atentar ni a su vida ni a su dinero.

— Pues entonces, ¿qué piden VV.? contestó algo tranquilizado por aquella franca declaración, pero sin dejar de mantenerse en la defensiva.

— En primer lugar que nos conceda V. hospitalidad por esta noche, repuso el que antes había hablado.

D. Antonio procuró conocer al hombre que le dirigía la palabra; pero no pudo distinguir sus facciones, porque las tinieblas eran harto densas.

— Las puertas de mi casa siempre están abiertas para un extranjero, dijo; ¿por qué no ha llamado V.?

— Sabiendo que iba V. a pasar por aquí, he preferido aguardarle.

— ¿Qué desea V. de mí?

— Se lo diré a V. en su casa. La carretera es un sitio mal escogido para hacer confidencias.

— Si nada mas desea V. decirme, y tiene V. tanta prisa como yo de buscar un albergue, continuaremos nuestro camino.

— Ande V. y le seguiremos.

Sin hablar una palabra mas se dirigieron hacia la hacienda.

D. Antonio Quintana era hombre resuelto, como lo probaba la manera en que había contestado a los que tan bruscamente le interrumpían en su camino. No obstante la facilidad con que se expresaba el que le había hablado, desde las primeras palabras conoció por su acento gutural que era un indio: en él había sucedido inmediatamente la curiosidad al temor, y no vaciló en conceder la hospitalidad pedida, sabiendo que los araucanos *Puelches*, *Huili* *hes* ó *Molucanos*, nunca violan el techo bajo el cual son recibidos, y que los huéspedes que les dan abrigo, son siempre sagrados para ellos.

Llegaron a la hacienda.

D. Antonio no se había equivocado. Las gentes que de tan singular manera le interrogaron, eran indios. Había cuatro, y entre ellos se hallaba una joven que iba criando a un niño.

El hacendero les introdujo en su morada con todas las formas de la cortesía castellana mas minuciosa. Dió orden a sus peones ó criados indios, que estaban muy asustados por el aspecto salvaje de los forasteros, para que sirviesen a sus huéspedes cuanto estos desearan.

— Beban VV. y coman, les dijo. Están aquí como en su casa.

— ¡Gracias! contestó el hombre que hasta entonces había hablado en nombre de todos. Aceptamos su ofrecimiento con la misma franqueza con que nos lo hace; pero solo en cuanto a los viveres, de los cuales tenemos gran necesidad.

— ¿No quieren VV. descansar hasta que amanezca? preguntó D. Antonio. La noche está oscura y el tiempo muy malo para viajar.

— Una noche oscura es lo que deseamos. Además es preciso que marchemos en seguida.

— Explíquese V., dijo el español examinando atentamente a su interlocutor.

Era este hombre de unos cuarenta años, de estatura elevada y bien proporcionada; sus facciones enérgicas y su mirada dominante mostraban que tenía el hábito del mando.

— Yo era, dijo sin ningún género de pregu-

buló, quien dirigía la última *malacca* (invasión) hecha contra los pueblos situados en las fronteras. Todas mis *mosetones* fueron muertos ayer en una emboscada por los lanceros; los tres que V. ve son los únicos que me quedan de una columna de doscientos guerreros; los demás han muerto, y yo mismo estoy herido, perseguido, acorralado como una fiera, sin caballos para restituirme a mi tribu, sin armas para defenderme, si soy atacado en la llanura. Vengo a pedir a V. que me facilite los medios de escaparme de los que me persiguen. No quiero engañar a V. ni sorprender su buena fé. Debo decirle el nombre de aquel cuya salvación tiene V. entre sus manos. Soy el enemigo mas implacable de los españoles. Mi vida entera ha transcurrido peleando contra ellos. En una palabra, soy el *Chacal Negro*, el Apo-Ulmen de las Serpientes Negras.

Al oír el chileno este nombre temido, no pudo reprimir un movimiento de terror; pero recordando inmediatamente su dominio sobre sí mismo, contestó con voz serena y afectuosa:

— Es V. mi huésped y es desgraciado, dos títulos muy sagrados para mí. Nada mas quiero saber. Tendrá V. caballo y armas.

Una sonrisa de inefable dulzura iluminó el semblante del indio.

— ¡Una petición postrera! dijo.

— Hable V.

El jefe cogió la mano de la joven india, que hasta aquel momento había permanecido acurrucada, llorando silenciosamente, meciendo a su hijo, y presentándose a D. Antonio, le dijo:

— Esta mujer me pertenece. Este niño es mi hijo. Ambos los confío a V.

— Cuidaré de ellos. La mujer será mi hermana, el niño será mi hijo, contestó sencillamente el hacendero.

— El Apo-Ulmen se acordará, dijo el jefe puelche, con voz entrecortada por la emoción.

Estampó un beso en la frente de la tierna criaturita que le sonreía, fijó en su mujer una mirada llena de ternura, y se precipitó fuera, seguido de sus dos compañeros.

D. Antonio hizo que les diesen caballos, les distribuyó armas, y los cuatro indios desaparecieron en la oscuridad de la noche.

Trascurrieron años sin que D. Antonio oyese hablar del *Chacal Negro*. El niño y la mujer continuaban en la hacienda, tratados como si hubiesen formado parte de la familia del chileno.

El hacendero se había casado. Desgraciadamente, al cabo de un año de una unión que ninguna nube llegó a turbar, su mujer murió al dar a luz una preciosa niña a quien su padre puso el nombre de María. Los dos niños crecían al lado uno de otro, vigilados por la tierna é inquieta solicitud de la india, y queriéndose como dos hermanos.

Un día, un grupo numeroso de puelches magníficamente adornados y equipados llegó a Rio-Claro, en cuya ciudad vivía el hacendero.

El jefe de los indios era el *Chacal Negro*, iba a reclamar su mujer y su hijo de aquel que los había salvado en otro tiempo.

La entrevista fué muy tierna.

El jefe olvidó la imposibilidad india, se entregó sin reserva a la violencia de los sentimientos que le agitaban, y saboreó la felicidad de encontrar al cabo de tanto tiempo aquellos dos seres que eran lo mas querido que tenía en el mundo.

Cuando llegó el momento de marchar, cuando los niños supieron que iban a ser separados, derramaron abundantes lagrimas.

Desde su nacimiento se habían acostumbrado a vivir juntos, y no comprendían por qué no habían de continuar así.

D. Antonio había extendido sus posesiones a diferentes puntos de las fronteras. Poseía chacras en que se practicaba en grande escala la cria de reses.

El Chacal Negro, que le profesaba una gratitud ilimitada y una amistad a toda prueba, le fué de suma utilidad para sus transacciones. Muchas veces le facilitaba que hiciese excelentes tratos con sus patriotas, y sobre todo libraba sus posesiones de las depredaciones de los bandidos.

Todos los años visitaba D. Antonio sus chacras, recorría la Araucanía y pasaba un par de meses en la tribu de las Serpientes Negras, al lado de su amigo el Chacal Negro. Su hija le acompañaba siempre en sus viajes, por razón de la amistad que unía a los dos jóvenes.

Las cosas continuaron así durante varios años. En la época en que comienza nuestra historia, el Chacal Negro había muerto como un guerrero valiente, con las armas en la mano, en un combate dado en las fronteras. Su hijo Antinahuel, de edad de veinticinco años, próximamente, y que prometía seguir sus huellas, había sido elegido Apo-Umen en su lugar, y luego Togui de su Uta-Mapu ó provincia, lo cual le constituía en uno de los principales personajes de la Araucanía.

También D. Antonio había muerto poco tiempo después del casamiento de María con D. Tadeo de Leon, abrumado por la mala conducta de su hija, cuyos excesos habían producido un escándalo espantoso en la alta sociedad de Santiago.

Desde entonces solo á largos intervalos había visto doña María á Antinahuel. Pero entre ellos la amistad había permanecido, no solo tan viva como en el tiempo de su infancia, sino que por parte del guerrero puelche había llegado á tal grado de fanatismo, que aceptaba como una orden el mas leve capricho de la jóven.

Por eso fué grande la sorpresa de los guerreros de la tribu de las Serpientes Negras cuando en la tarde del día en que hemos comenzado nuestra narración, vieron llegar á su toldería y dirigirse al rancho de Togui á doña María, que iba á caballo acompañada tan solo de dos peones.

Al verla, el rostro generalmente sombrío del jóven jefe se iluminó subitamente como con un reflejo de felicidad.

— ¡La Flor de los Bosques! exclamó con júbilo, se acuerda todavía mi hermana del pobre indio?

— Vengo á visitar el toldo de mi hermano, dijo doña María tendiéndola su frente en la cual estaba su hermano un beso. Mi corazón está triste, el pesar me devora, y me he acordado de mi hermano.

El jefe le dirigió una mirada mezclada de inquietud y de pesar.

— Aunque solo sea al dolor á lo que debo el ver á mi hermana, no por eso me alegro menos, dijo.

— Si, repuso ella, cuando una padece es cuando se acuerda de los amigos.

— Mi hermana ha hecho bien en pensar en mí; ¿qué puedo hacer por ella?

— Mi hermano puede prestarme un gran servicio.

— Mi vida es de mi hermana, quien sabe que puede disponer de ella á su antojo.

— Gracias. Tenía la seguridad de que podía contar con mi hermano.

— Siempre y en todas partes.

Y después de haberse inclinado respetuosamente delante de la jóven, la introdujo en su rancho, donde su madre lo había dispuesto todo para recibir dignamente la visita de aquella á quien durante tantos años amó como á su hija.

XIX.

DOS ANTIGUOS AMIGOS Á PROPOSITO PARA ENTENDERSE

Antinahuel (el Tigre Sol) era entonces un hombre de unos treinta y cinco años.

Su estatura era elevada, su porte majestuoso, y todo en su persona anunciaba al hombre acostumbrado á mandar y hecho para dominar á sus semejantes. Como guerrero, su reputación era inmensa y sus moxetones le profesaban una veneración supersticiosa.

Tal era, en lo físico, el hombre á quien doña María de Leon iba á visitar. Muy pronto veremos lo que era en lo moral.

La mesa estaba puesta en el toldo, y nos servimos de esta espresion, porque los jefes araucanos conocen perfectamente los usos europeos. Casi todos tienen fuentes, platos, cucharas y tenedores de plata maciza, de los cuales es verdad que no se sirven sino en las grandes ocasiones y

solo para hacer ostentacion de sus riquezas. En cuanto á ellos, la frugalidad la llevan hasta el ultimo limite, y cuando estan solos en sus casas, comen perfectamente con los dedos.

Doña María se sentó á la mesa é hizo señas á Antinahuel, que estaba de pié á su lado, para que la hiciese compañía y se sentase en frente de ella.

La comida fué silenciosa, pues los dos personajes se observaban.

Para el jefe indio era evidente que su hermana, como él la llamaba, y la cual hacia algunos años que parecia haber olvidado completamente, no iba á buscarle á su propia aldea sino impulsada por un interés poderoso. Pero ¿cual podia ser este interés bastante fuerte para obligar á una mujer tímida, acostumbrada al lujo y al refinamiento de la sociedad á emprender un viaje peligroso para ir á hablar con un indio, en una toldería miserable, perdida en medio del desierto?

Por su parte, la jóven presa de viva ansiedad, procuraba adivinar si, no obstante lo descuidadas que habia tenido sus relaciones con el jefe, conservaba aquel poder ilimitado y sin tasa que, aun sin saberlo él mismo, ejerció sobre aquella naturaleza india, á la que la civilizaci6n habia mas bien suavizado que domado en sus primeros años; temia doña María que el largo olvido en que le dejara, le hubiese hecho perder su prestigio sobre él, y que al vivo afecto de otro tiempo, hubiese sustituido la frialdad y la indiferencia.

Cuando hubo terminado la comida un peon llevó el maté (1), esa infusi6n de yerba del Paraguay que sirve de té á los chilenos y que constituye su delicia. Dos copas cinceladas colocadas sobre una bandeja de filigrana, fueron presentadas á doña María y al jefe. Encendieron sus pajillas de hoja de maiz y fumaron, al paso que aspiraban su maté con una especie de recogimiento.

Después de algunos instantes de un silencio que comenzaba á ser embarazoso para ambos, Doña María, viendo que Antinahuel se hallaba resuelto á permanecer en la defensiva, se decidió al fin á tomar la palabra.

— A mi hermano, dijo con una sonrisa, ¿le ha sorprendido mi llegada repentina á su toldería?

— En efecto, la Flor de los Bosques ha llegado de improviso entre nosotros, contestó Antinahuel, pero no por eso es menos bien venida.

Y al decir esto se inclinó.

— Veo con placer que mi hermano sigue siendo galante.

— No; quiero á mi hermana y soy feliz al verla, después de haber estado tanto tiempo privado de su presencia. Nada mas.

— Conozco el cariño que me tiene V., penni. Nuestra infancia trascurrió al lado uno de otro, pero hace de eso ya mucho tiempo. Hoy es V. uno de los Caraskens (grandes jefes) mas afamados de su naci6n, y yo solo soy, como en otro tiempo, una debil y pobre mujer.

— La Flor de los Bosques es mi hermana! Sus menores deseos seran siempre sagrados para mí.

— Gracias, penni. Pero dejemos esa conversacion y hablemos de nuestros primeros años que trascurrieron ¡ay Dios! tan rapidamente.

— El ayer ya no existe, dijo el jefe sentenciosamente.

(1) Los chilenos han tomado el maté de los araucanos quienes gustan mucho de él y tienen un talento particular para hacerlo.

He aquí cómo se prepara: Se pone en una copa una cucharadita de yerba del Paraguay, á la cual se añade un pedazo de azúcar que se deja sobre el fuego hasta que este un poco quemado. Le esprimen algunas gotas de zumo de lim6n, se echa en seguida canela y un clavo de especia. Después de esto, se llena la copa con agua hirviendo y se introduce en ella un tubo de plata, del grueso de una pluma, que tiene agujeritos en su parte inferior. Por medio de este procedimiento se aspira el maté, por supuesto, con la exposici6n de escaldarse la boca horribilmente, lo cual nunca deja de suceder á los extranjeros las dos ó tres primeras veces que lo toman, con grande alegría de los habitantes del país.

El maté se ha introducido en tal manera en las costumbres chilenas que en aquella comarca es lo mismo que el té en el Oriente, es decir, que lo toman, no solo después de cada comida, segun hemos dicho, sino á cada visita que llega á la casa, ó para hablar con mas exactitud, durante todo el día. En las ceremonias de etiqueta un solo tubo sirve para todas las personas reunidas.

— Es verdad, replicó doña María con un suspiro: ¿á qué hablar de un tiempo que no ha de volver?

— Regresa, mi hermana á Chile?

— No. He salido de Santiago provisionalmente, y me propongo vivir durante algun tiempo en Valdivia. He dejado á mis amigos continuar su camino y me he apartado para saludar á mi hermano.

— Si; ya sé que aquel á quien los rostros pálidos llaman el general Bustamante, apenas curado de una herida terrible, se ha puesto en camino hace un mes y visita en estos momentos la provincia de Valdivia. Yo tambien me propongo ir á la ciudad.

— ¿Hay allí muchos rostros pálidos del Sur en este momento?

— Entre esos extranjeros, ¿hay alguno á quien yo conozca?

— Creo que no. Si.... uno solo, D. Tadeo de Leon, mi marido.

Antinahuel alzó la cabeza con sorpresa.

— Creia que le habian fusilado, dijo.

— Si, le fusilaron.

— Pues entonces....

— Ha logrado sustraerse á la muerte, aunque gravemente herido.

La jóven procuraba leer en el semblante impasible del indio la impresion producida por la noticia que le habia anunciado tan bruscamente.

— Escúcheme mi hermana, contestó Antinahuel al cabo de un instante, ¿D. Tadeo continúa siendo su enemigo, no es verdad?

— Mas que nunca.

— Bueno.

— No contento con haberme abandonado cobardemente, con haberme arrebatado á mi hija, esa criatura inocente, única que me consolaba, que me ayudaba á sobrellevar los disgustos que á cada hora me da su padre, ha puesto colmo á su mal proceder para conmigo, cortejando publicamente á otra mujer á quien lleva en su compañía, y que en este momento se encuentra en Valdivia con él.

— Ah! dijo el jefe con cierta indiferencia.

Habituado Antinahuel á las costumbres araucanas, que permiten á cada hombre tener tantas mujeres como pueda mantener, encontraba muy natural la acci6n de D. Tadeo.

— No se escapó esta idea á doña María. Una sonrisa irónica arqueó por segunda vez sus labios y continuó con fingida negligencia, y mirando fijamente al jefe:

— Si, esa mujer se llama, segun creo, doña Rosario de Mendoza, y dicen que es una criatura adorable.

Este nombre pronunciado así friamente, produjo en el jefe el efecto de un rayo. Se levantó de un salto y exclamó con el rostro inflamado y la mirada chispeante:

— ¿Rosario de Mendoza, dice mi hermana?

— No la conozco, contestó doña María. Unicamente he oido pronunciar su nombre, y en efecto, creo que se llama así. Pero ¿qué interés, añadió, se toma mi hermano?....

— Ninguno, dijo él interrumpiéndola.

Y volvió á colocarse en su sitio.

— ¿Por qué no se venga mi hermana del hombre que la ha abandonado?

— ¿Para qué? dijo: ¿qué venganza puedo yo esperar? Solo soy una mujer débil y tímida, sin valor, sin apoyo, sola en fin.

— Y yo, dijo el jefe, ¿qué soy?

— ¡Oh! dijo ella con viveza, no quiero que mi hermano se constituya en vengador de un insulto que me ha sido inferido personalmente.

— Mi hermana se equivoca. Atacando á ese hombre, vengaré yo mi propio insulto.

— Esplíquese mi hermano, que no le entiendo.

— Eso es lo que quiero hacer.

— Ya escucho.

En aquel momento entró en el toldo la madre de Antinahuel, y acercándose al jefe le dijo con tristeza:

— Mi hijo hace mal en evocar antiguos recuerdos y en abrir añejas heridas.

— Mujer, retírese, contestó el indio. Soy un

guerrero; mi padre me legó una venganza; he jurado y cumpliré mi juramento.

La pobre india salió lanzando un suspiro.

La Linda, cuya curiosidad se hallaba en estremo escitada, aguardaba con ansiedad á que el jefe se explicase.

Fuera caía la lluvia chisporroteando sobre las hojas de los árboles. En ciertos momentos, un soplo de viento, que llevaba en sus alas vagos rumores, penetraba silbando por entre las tablas desunidas del toldo, y hacia vacilar las luces que le iluminaban.

Los dos interlocutores sumidos en sus reflexiones, prestaban oído, á pesar suyo, á aquellos ruidos sin nombre, y sentían que una tristeza inmensa invadía sus almas.

El jefe levantó la cabeza y aspirando sucesivamente varias bocanadas de humo de su pajilla, que tiró bruscamente, comenzó á decir en voz baja.

— Aunque mi hermana sea casi una hija de la nación, puesto que mi madre la ha criado, nunca ha conocido la historia de mi familia, y esa historia que voy á referirla, la revelará que tengo á D. Tadeo de Leon un odio antiguo, vivo, y que si hasta ahora ha parecido que le dejaba en olvido, lo he hecho porque ese hombre era el marido de mi hermana. La conducta de D. Tadeo para con mi hermana me libra del propósito que me habia formado, y me restituye entera libertad de accion.

La jóven hizo un gesto de asentimiento.

— Cuando los *Culme-Huinca* (miserables españoles), prosiguió, hubieron conquistado á Chile y reducido á la esclavitud á sus cobardes habitantes, pensaron en conquistar á su vez la Araucanía y marcharon contra los *Ahuca*, cuyas fronteras violaron. Ya ve mi hermana que tomo la narracion de bastante atrás. El Toqui *Cadegual* fué uno de los primeros que convocaron en la llanura del Carampangue un gran *Ahuca-Coyog* (consejo de la nacion). Nombrado Toqui de los cuatro *Utal-mapus*, dió una batalla á los rostros pálidos. El combate fué terrible; duró desde la salida hasta la puesta del sol. Muchos guerreros moluchos partieron para la afortunada pradera del *Eskennane*, pero Pillian no abandonó á los *Ahuca*. Quedaron vencedores, y los *Chiaplos* huyeron como timidas liebres ante la dura lanza de nuestros guerreros. Muchos rostros pálidos cayeron en nuestro poder. Entre ellos se hallaba un jefe poderoso, llamado D. Estéban de Leon. El toqui *Cadegual* hubiera podido hacer uso de las leyes de la guerra y darle muerte; mas no lo ejecutó, y lejos de eso le condujo á su tolderia y le trató con dulzura, como á un hermano. Pero ¿cuándo han sabido los españoles agradecer un beneficio (1)? D. Estéban, olvidando los sagrados deberes de la hospitalidad, sedujo á la hija de aquel á quien debía la vida, y un día desapareció con ella. El dolor del toqui fué inmenso al ver aquella traicion indigna y desleal. Entonces juró hacer á los rostros pálidos una guerra sin piedad, y cumplió su juramento. Todos los españoles de quienes se apoderaba, cualesquiera que fuesen su edad y sexo, eran asesinados. Estas represalias terribles eran justas, ¿no es verdad?

— Si, dijo lacónicamente la Linda.

— Un día, sorprendido *Cadegual* por sus feroces enemigos, cayó, cubierto de heridas, entre sus manos, despues de una resistencia heroica, durante la cual todos sus mosetones habian muerto valerosamente á su lado. *Cadegual* se hallaba á su vez en poder de D. Estéban de Leon. El jefe español recordó al que algunos años antes le habia salvado la vida, y fué misericordioso. Despues de haber cortado las manos y sacado los ojos á su prisionero, le restituyó su hija, á la que ya no quería, y le envió á su nacion. El toqui fué conducido por su hija, á quien habia perdonado. Cuando *Cadegual* hubo llegado á su tribu, convocó á todos sus parientes, y les refirió lo que habia sufrido, les mostró sus brazos ensan-

grentados y mutilados, y despues de haber hecho jurar á sus hijos y á todos sus parientes que le vengarían, se dejó morir de hambre para no sobrevivir á su vergüenza.

— ¡Oh! es espantoso, exclamó Doña Maria conmovida á pesar suyo.

— Pues eso aun no es nada, repuso el jefe con una sonrisa amarga: escuche mi hermana la continuacion. Desde aquella época un destino implacable ha pesado de continuo sobre las dos familias, y ha opuesto constantemente á los descendientes del toqui *Cadegual* á los del capitán don Estéban de Leon. Hace tres siglos que dura esa lucha ardiente y encarnizada entre las dos familias, y solo terminará por la estincion de una de ellas, ó acaso de las dos. Hasta ahora siempre ha quedado la ventaja por parte de los de Leon; los hijos del toqui han sido vencidos con frecuencia; pero siempre han quedado de pié, implacables, dispuestos á comenzar de nuevo el combate á la primera señal. Hoy la familia de D. Estéban no cuenta ya mas que un representante, que es don Tadeo, representante temible por su valor, por su fortuna y por la influencia inmensa de que dispone entre sus compatriotas. El nunca ha perjudicado á los *Ahuca* personalmente, y aun parece que ignora el odio inveterado que existe entre su familia y la del toqui; pero los descendientes de *Cadegual* se acuerdan. Son fuertes, numerosos y poderosos á su vez; ha sonado la hora de la venganza y no la dejarán escapar. Hermana, dijo el jefe con voz triste, mi abuelo era el toqui *Cadegual*. Gracias por haberme avisado que no solo no ha muerto mi enemigo, sino tambien que se encuentra cerca de mi.

(Se continuará.)

EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuacion.— Véase el núm. 25.)

— Siempre tuve una confianza ilimitada en ti; pero confieso que esta vez....

— No esperabas tanto, ¿verdad?

— ¡He sido tan infatunado!

— ¿Y qué desgracias has sufrido, Croverto?

— Me es bastante doloroso recordarlas, sobre todo la de aquella noche fatal en que vi á mi padre revolcándose en su propia sangre. ¡Oh! entonces contaba yo cinco años, y sin embargo, aquella escena tremenda no se aparta de mi cerebro.

— Prosigue, Croverto, prosigue, dijo la jóven con voz enternecida.

— Luchando con la mas desgarradora agonía, mi padre tomó una pluma, y alargándome el papel en que habia trazado con mano temblorosa algunos renglones, espiró tranquilamente como si estuviera ya seguro de mi porvenir. Aterrado pasé la noche junto á aquel cadáver, y á otro día un hermano de mi padre, único pariente que me quedaba, pudo leer el papel que aun conservaba yo entre mis dedos helados, y en que, segun me enteré despues, le recomendaba mi porvenir, rogándole que se trasladase á Constantinopla y me pusiera en poder de vuestro padre, que entonces era conocido bajo el supuesto de Amurates. Sin duda este y el desgraciado autor de mis dias tenían correspondencia, y así pudo anotar en el papel las señas de la casa donde vivía, en el barrio de Gálatas. Mi tio conservó el papel, y dos dias despues nos trasladamos á su casa, que daba frente al Litorale, en Venecia. No se tardó mucho tiempo cuando se fué á habitar el edificio contiguo una mujer que siempre tenia el velo sobre el rostro, y que criaba una hermosa niña. La niña creció, llegó á tener cinco años, y aquella mujer me solia llamar para que jugase con su hijita, como ella decia. Yo contaba ya diez años, y llegó un dia en que no pensaba mas que en brincar desde las góndolas al mar, y en salir del mar para jugar con mi pequeña com-

pañera. ¡Ay! te aseguro, Delia, que jamás la hubiera olvidado á no ser por el amor que me has hecho sentir. Mi tio cayó enfermo, y en la convalecencia me dijo que nos íbamos á trasladar á Constantinopla, con el objeto de ponerme bajo el amparo de mi protector, pues conocia que no tardaria en morir de la misma enfermedad que aquella vez se habia librado. Lloré al lado de mi pequeña compañera, y dos horas despues entramos mi tio y yo á bordo en un buque que se hacia á la vela para Constantinopla. Salimos de Venecia con viento favorable, y llegamos sin novedad al mar de Mármara, donde se levantó una impetuosa borrasca. Mi tio habia vuelto á enfermar, y mientras zumbaba el trueno junto con el furioso mugido de las olas, no cesaba de contemplarme. Al fin sacó de bajo la amohada en que recostaba la cabeza, el papel que escribí mi padre, y me dijo que lo guardase por si él llegaba á morir. Comencé á llorar; pero de repente las lágrimas quedaron heladas en mis mejillas. Habia caído un rayo en el buque; y este principiaba á hundirse, sin que los marinós pudiesen contener el agua que penetraba por la bodega. Es imposible describir la consternacion que se dibujaba en todos los rostros. Media hora despues los marinós se acogieron á las barcas, que ya estaban atestadas de gente. Mi tio fué trasladado por compasion al fondo de una, y yo á su lado unia mis clamores al grito de angustia que todos exhalaban. El buque se hundió, y las barcas tan pronto descendían á los abismos como parecían llegar á las nubes. La tormenta sacudia las profundas arenas del mar, cubierto de espuma y sepultado en las mas densas tinieblas que los relámpagos desgarraban para iluminar el cuadro horroroso que presentábamos.

De repente se volcó mi barca y fui arrastrado á los abismos. Un instante despues sentí que me cogian de los cabellos y que me sacaban de las aguas.

¡Dios mio! exclamé recuperando el conocimiento.

Vamos, chico, que no has tenido poca fortuna en pasar junto á mi barca entre dos aguas, replicó el marino que me habia salvado. Tus compañeros todos han perecido; pero nosotros salváremos la piel con la ayuda de Dios. ¡Ea! prosiguió animando á los demás que iban en la barca, la tormenta va pasando, ¡valor!

Una oleada nos cortó en aquel momento la respiracion, y la barca se deslizó ligera á lo largo del mar.

Un relámpago cortó las tinieblas, y el marino exhaló entonces un grito de alegría.

¡Estamos salvados! exclamó; casi nadando podemos llegar á Constantinopla! ¡Valor! valor!

Con efecto, nos habiamos salvado los que íbamos en aquella barca, porque la tormenta cesó como por encanto, y Constantinopla no distaba un tiro de bala.

Dos horas despues estábamos como naufragos en el bazar de la inmensa ciudad.

A las veinticuatro horas entregaba á vuestro padre la carta que el mio escribió cinco años antes. Despues que la hubo leído, me dió un beso en la frente y me llamó su hijo. Entonces me puse á jugar contigo, que sustituiste á mi otra compañera, con no menos encantos y dulzura.

El tiempo voló, y lo demás ya lo sabes. Llegaste á tener quince años, yo veinte, y no pudimos vernos sin hablar del amor que nuestro corazón alimentaba. Tu padre nos sorprendió, y maldiciéndome porque habia puesto los ojos en tu hermosura, me lanzó á la calle. En noche de desesperacion me iba ya á hundir, cuando supe que todavía me amabas, y que aun estabas propuesta á seguirme donde fuera. ¿No es así, prenda mia? no es verdad que tras tantas desventuras se abre ya el cielo para mi?

— ¿Puedes dudar lo?

— Nunca creí que tu amor fuese tan grande.

— Pero ahora te hago el mas feliz de los mortales. ¿No es verdad, Croverto?

— Si, por mas extraño que me parezca.

— ¿Y en qué buque nos trasladamos á Venecia?

(1) No olvide el lector que el autor pone estas palabras en boca de un araucano, y que por lo tanto, nunca las frases de este personaje de la novela pueden ser favorables á los españoles. (N. del T.)

— En el buque Narvi, que, según me dijo su capitán, se hacía a la vela muy pronto.

Frari no respiraba.

— Y entre tanto, Croverto, nos pondremos al abrigo de la persecución de mi padre, ¿no te parece?

— Perfectamente, bella mía.

— ¡Ah! exclamó la joven sobresaltada, ¿has oído?

— Llamán a la puerta del gabinete.

— ¡Es mi padre!

— Ten serenidad.

— ¡Oh! Estoy viendo que no podré.

— Es preciso.

— ¡Dios mío! Dios mío!

— Y si no estamos perdidos.

— Yo tiemblo; ¿oyes? me llaman por segunda vez.

— Abre.

— Obstruí el resorte.

— ¡Mejor! mejor! así tendré tiempo de bajar por la escalera al jardín; ¡abre!

Y el joven Croverto principió a descender al jardín por los peldaños de la escalera.

Hizo Delia un esfuerzo sobrehumano, y helada, tambaleándose, se dirigió a la puerta.

El resultado de aquella entrevista ya tuvimos lugar de examinarle.

Solo nos restaba decir, que creyéndose Frari vendido por el negro, apretó el pomo de su desnudo puñal con una mano, mientras con la otra se disponía a tocar el resorte de la estatua.

— ¡Oh! murmuró, si penetra en el gabinete, le asesino con su mismo puñal! después corro al buque y preparo la misma suerte a su hermano!

Y aproximó los ojos a los de la diosa Hebe.

Entonces vió con una especie de salvaje alegría que en aquel momento volvía la espalda Amurates, como encorvado bajo el peso de la fatalidad que un día defendiera por vengarse en los hijos de la mujer que amaba.

Delia cerró la puerta con cerrojo, y por un instante se llevó una mano al corazón, que exhaló un suspiro indefinible; tan cierto es que el fondo de la existencia se semeja a uno de esos receptáculos, que perdidos en medio de los páramos, siempre conservan un agua turbia hederosa.

Pero como todo está avasallado al amor, tan luego como la joven volvió a sentir su irresistible influencia; ella, cándida criatura, sin experiencia en las sensaciones, se creyó la mas feliz de las mujeres; ella, a quien podriase asegurar los téntricos padecimientos de un porvenir nebuloso, ansiaba probar el elixir de su nueva vida.

Erguida, flexible, con una sonrisa tan infantil como embriagadora, tomó el neceser y se puso a esperar a su amante en el balcón.

Frari envainó el puñal y aplicó el oído con creciente curiosidad e interés.

— ¿Estás sola? preguntó Croverto subiendo la escalera.

— Si, amado mío, completamente sola, y podremos hablar sin temor de que nos sorprendan.

— Es preciso aprovechar los momentos de calma que nos ofrece la noche, pues no tardará mucho en rehacerse la tempestad que por fortuna ha pasado sin aguacero.... ¿Pero no respondes, luz de mis ojos? será quizá que la vista de tu padre te haya fortificado contra mi amor? será quizá que aun no soy digno de tu confianza?

— Escucha, Croverto, es verdad que en pocos momentos he sufrido una lucha de afectos increíble; si, he vacilado entre un padre y un amante.

— ¡Gran Dios! gran Dios!

— No te aflijas, Croverto; ¿quién dirás que ha vencido?

— ¡Ah! soy feliz! ¿No es verdad, Delia? exclamó Croverto con entusiasmo febril; ¿no es verdad que eres mía?

— Y por qué no? por qué no he de compartir contigo mi felicidad ó mi desgracia? Para los hombres me habré emborronado el alma; pero no para Dios, Croverto, que ve la pureza de mi corazón. ¿Lo oyes? La pureza de mi corazón. Pues bien; el día que pretendas encenagarle, la hora en que quieras infundirle un aliento empañador,

téno muy presente, desde aquella hora, desde aquel día, ningún lazo me unirá a ti.

— Te juro, Delia mía, que respetaré tu candor; ¿estás contenta?

— ¿Y te olvidarás alguna vez de tu promesa?

— Jamás.

— ¡Ay! en tí confío, amigo mío, solo en tí; ¡mira que ya no tengo en el mundo mas padre que tú, ni mas hermano ni mas amante que tú!

¿Lo entiendes? Yo me abandono en tus brazos con entera confianza, con inmensa ilusión; ámate con dignidad y yo seré siempre tu esclava.

— ¡Ah! cuánto te adoro!

— Bien, bien, conozco que me hablas con el corazón, sea siempre así, y yo te ofrezco no ver sino por tus ojos, ni vivir sino por tu alma.

La tormenta principiaba a amenazar, y la luna se ocultó en el fondo oscuro de las nubes que flotaban en la inmensidad de los cielos.

— Apresurémonos, exclamó Croverto.

— Todo está preparado.

— ¿Tienes la llave del jardín?

— Sí; ¿pero por dónde pudiste tu penetrar?

— Saltando la tapia.

— Toma la llave y el neceser en que he recogido mis alhajas.

Croverto asió, con efecto, los dos objetos que le alargaba su amada, y bajando una veintena de peldaños, los colocó en el suelo. Luego subió al balcón con velocidad, é inclinándose algun tanto, mientras articulaba dulcisimas frases de cariño, tendió los brazos en el interior del gabinete.

La joven se dejó caer con abandono en aquellos brazos que el amor le ofrecía.

Croverto la estrechó con deleitable efusión contra su pecho, y principió a bajar los peldaños de la escalera, que el viento de la tempestad impulsaba a uno y otro lado.

Frari salió del vientre de la estatua parodiando a Jonatás, y se precipitó al balcón.

Entonces vió a la luz rojiza de un relámpago que los jóvenes corrían hacia la puerta del jardín que dominaba.

— ¡Huye infeliz! murmuró Frari: así vengarás a mi hija! así vengarás a mi mujer! huye! obedece al destino! huye hacia mi buque, para que tambien pueda alcanzar a vosotros la mano implacable con que persigo a mis enemigos!

Y abrumado con las tremendas ideas que se suscitaron en su cerebro, apoyó en su mano su áncora frente, cubierta de nubes como el cielo.

XII.

LA MANO IMPLACABLE.

Sumido en el fondo de un sillón, Amurates soñaba que un hombre ceñudo se disponía a asesinarle.

Agitado profundamente, abrió los ojos y extendió los brazos; pero de repente exhaló un grito de terror y cayó de rodillas atolondrado.

Tenia ante sí a Roberto Frari, cuyo rostro iluminaba los tibios rayos de una bujía.

Nunca habia estado tan tremendo, nunca representó con mas verdad la estatua de la fria venganza.

Las arrugas de su rostro, a la influencia de la ira que irradiaba, desaparecieron totalmente, mientras sombríos destellos se cruzaban en el fondo oscuro de sus hundidos y feroces ojos. Su cabeza se alzaba erguida y amenazadora, y una sonrisa sangrienta que enrojecía sus blancos dientes vagaba en el borde de sus labios.

— ¿Quién sois? ¿quién sois? gritó Amurates pálido, tembloroso, muerto.

— ¡Miserable! murmuró Frari extendiendo la mano sobre aquella cabeza aterrada; no sé como no te rompo el cráneo de un puñetazo!

— ¡El! él! articuló Amurates entre quejidos de desaliento.

— Si, yo soy el extranjero... ¡y qué! ¿No abres un abismo y te lanzas, inmundo reptil?

— ¡Ah! ¿Con que no soñaba? con que no estaba loco? con que en efecto vos sois Frari?

— ¿De qué te asustas?

— ¡Oh Dios mío! oh Dios mío!

— Sí, llama a ese Dios que un día olvidaste;

implora ese Dios, contra el que un día te volviste! ¡Insensato! no faltaba mas sino que le denominases injusto porque te pone en mi poder! ¡Oh alma baja! oh maldito de los hombres! muerde el suelo como un perro rabioso!

Y le puso el pié sobre la frente.

Entonces Amurates se sintió un hombre con toda su fuerza, y con una estrepitosa convulsión se levantó del pavimento.

Y arrojó sobre su adversario una mirada de infinita cólera, pero se asestó sobre él otra tan paciente y tan subyugadora, que resbaló por todos sus miembros como los filos de un puñal.

Después, sin vigor, temblándole las rodillas, extendió las manos y se desplomó jadeante y asmático en el sillón.

— ¡Piedad! piedad! exclamó desfallecido.

— ¡Piedad! repitió Frari con una desdenosa sonrisa; ¿y quién la pide? ¡Piedad! qué ridiculez! ¿Y eres tú quien se degrada con tal frase?

¿Y eres tú el animoso Braciano que buscaba a mi pobre padre para asesinarle?

— ¡Yo! yo!

— ¿No te acuerdas del viejo que tanto odiabas.

Un relámpago de alegría tremenda é infernal ensanchó momentáneamente las amortiguadas pupilas de Amurates.

— ¡Con que he asesinado al enemigo de mi padre! exclamó sin poder contenerse. ¡Ah! ah!

Una irresistible sed de sangre ascendió a los pálidos y trémulos labios de Frari.

Luego balbuceó algunas frases y extendió la mano sobre la cabeza de su enemigo, pero la retiró al momento.

— No... no... dijo: ¡aun debes sufrir la seducción de mi mujer! no es tiempo de que mueras!

— ¡De vuestra mujer! ¡Qué! ¿He tenido yo algo de comun con vuestra mujer?

— ¡Calla, infeliz! calla! un vértigo infernal me trastorna! calla! no instes mas sobre eso!

— ¿Y por qué? por qué no he de declarar que aun cuando en efecto me amaba, jamás faltó a su deber?

— ¡Mentira! tienes miedo de confesarlo!

— ¿No he dicho que asesinó a vuestro padre? no diría lo mismo que seducí a vuestra mujer?

— Frari palideció y se sujetó el corazón con ambas manos, creyendo que se salía de su cavidad.

— Se acordó de que habia ahorcado a su mujer a quien desde aquel momento la principiaba de nuevo a amar, y un dolor agudo se suscitó en su alma.

Pero entonces procuró olvidar la inocencia de su mujer a fin de no encontrar en el fondo tenebroso del corazón sino violentas é iracundas pasiones.

— ¿Y mis hijos? exclamó, dónde tienes a mis hijos?

— ¡Los abandoné hace diez y siete años!

— ¿Dónde?

— En Venecia.

— ¡Mentira! mentira!

— Pues bien, dijo Amurates horriblemente decidido; ¡matadme! no quiero sufrir mas!

— ¡Pues bien! repitió Frari, no te mataré y sufriras! ¡Tu hija se ha fugado con su amante! ¡Desprecia tu beso por las caricias del hijo de Croverto el astrólogo!

— ¿Qué dices?

— No tienes hija.

— ¡Dios mío! es imposible.

— ¡Ven! balbuceó Frari, abalanzándose a él como un buitre sobre el cordero, ven!

— Y asiéndole de las muñecas lo arrastró hasta el gabinete solitario de la joven.

— ¡Ah! es verdad! tartamudeó Amurates, ¡Delia! Delia! no respondes!... tiene en desorden el dormitorio!... ¡Delia! Delia! Dios mío! ¿Qué sucede? será posible? ¡Mi hija! en quien yo tenía toda mi confianza; ¡mi hija! única persona a quien amaba, ¡mi hija se ha fugado! ingrata!... ingrata!... ¡Ay!... yo fallezco!... ¡Delia! Delia!...

— Y se mesaba los cabellos con la crueldad de la honda y mas violenta de las desesperaciones.

— ¡Pero no podeis devolvérmela! exclamó en-



La joven se dejó caer con abandono en aquellos brazos que el amor la ofrecía. (Pág. 407, columna 2.ª)

carándose á Frari, vos todo lo sabeis! ¿Dónde está mi hija?

—¿Y mis hijos? balbuceó Frari.

—¡Ah! vuestros hijos!..... ¡Dios mio! por qué los habré yo abandonado!

—¡Mónstruo! mónstruo!

—¡Oh! por favor!..... despues buscaremos vuestros hijos! devolvedme á mi Delia! Escuchad..... en prueba de que me sujeto á lo que digais, en prueba de que soy vuestro..... os pondré una firma en blanco..... A propósito, añadió acercándose á una mesa y estampando su firma en un papel: ¡tomad! si..... tomad y devolvedme á mi hija, ó permitidme que yo la busque, por compasion! por favor!

Recapacitando Frari tomó con efecto el papel y guardándolo en su bolsillo, repuso:

—Dios que es Omnipotente, no desconoce los menores pasos de nuestra vida. Pues bien; vió que robastes unos hijos á su padre y permite que te abandone la única persona que amabas, como tú dices. Es inútil que pretendas evitarlo, porque el mal viene de atrás.

—Pero ¿por qué me martirizais así? exclamó Amurates apoyándose en la estatua Hebe para no caer: ¿qué quieréis?

—¿Te acuerdas del knout ruso?

—No..... no..... ¡maladme!

—¿Te acuerdas de mis hijos?

—¡Ah!

—¿Te acuerdas de mi padre?

—¡Dios mio! Dios mio!

—¿Te acuerdas de mi patibulo? Pues en nombre de tanto bien perdido, en nombre de tantas desgracias, te destino á un martirio inexplicable! yo soy el Angel Malo!

Y se inclinó sobre él con una cavernosa sonrisa verdaderamente diabólica.

Amurates no vió, le tembló todo el cuerpo, y llevándose las manos al pecho, cayó al pavimento sin conocimiento.

Le asió Frari de los cabellos y arrastrándole al gabinete donde aquel dia almorzaron juntos, se quedó contemplando su descolorido rostro con un regocijo indefinible.

—¡Ahora comienza mi venganza! exclamó en voz de trueno.

¡Se realizan mis ensueños, y se disipan mis desvelos! ¡Ya hay sol para mí! ya hay placer!

Y juntando las manos con la cruel efusion del ángel malo cuando ve espirar á su víctima.

¡Gracias! tenebroso averno! murmuró con acento impio: yo hincó la rodilla ante el espíritu que me concede la grata posesion de mi enemigo!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

LOS LABIOS Y EL CORAZON.

CAPITULO PRIMERO.

LOS CAMELOTONES.

—¡Diablo! diablo! exclamó el negro entrando antes que Frari en el gabinete y mirando en un espejo su rostro espantado al fulgor de la luz que tenia en la mano; me han hecho sudar los camelotones, y luego ese portero no se ha dejado seducir con tanta facilidad..... ¡Qué le parece á

V. ¡querer nada menos que la mitad del bolsillo de zaquines por encadenar su lengua!

¡Diablo! ¿En qué negocio nos hemos metido por alcanzar el derecho de ir á donde uno le acomode? Pero ¡calle! siento pasos..... ¿si será el extranjero, si será mi amo? Apaguemos la luz y escondámonos.

Esto diciendo, el negro sopló la luz y se escondió tras de un tapiz, pero sin reparar en que dejaba descubiertos los piés.

En aquel instante fué cuando Frari arrastró á su enemigo hasta el gabinete, que estaba semi-almbrado con la bujía que ardía en el próximo dormitorio.

—¡Aquí negro! oyó el ex-ayuda de cámara que gritaba el extranjero, aquí!

Pero no se movió.

—¡Negro, negro!

El esclavo retuvo el aliento.

—¡Bergante! exclamó Frari llegando al tapiz y descargando un soberbio pisoton sobre el ayuda de cámara: ¿quieres que te saque de ese escondrijo en la punta del puñal?

El negro exhaló un quejido y levantó el tapiz murmurando:

—¡Aquí estoy, señor! aquí estoy en cuerpo y alma!

—Ven.

—¿Qué me quereis?

Y retrocedió de repente espantado.

—¡Mi amo! ¿Está muerto? exclamó temblando.

—No; pero nada tienes que temer.

—¡Ah! ah!

—¿Me compraste el criado de la galería?



EL MARISCAL BARAGUEY D'HILLIERS, COMANDANTE DEL 2.º CUERPO DE ITALIA.

HISTORIA DE LA GUERRA

INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuacion.—Véase el n.º 25.)

Difícil es seguir los movimientos de Garibaldi, que como verdadero jefe de guerrillas, comprende que no debe disputar a fuerzas superiores las ciudades que ha ocupado, sino cansar á sus adversarios con la rapidez de sus marchas y súbita aparición en los puntos donde menos se le esperaba.

Le dejamos en Cantú, camino de Milan. Amenazado por el cuerpo del general Urban, evita su choque, le deja tomar sin resistencia posesion de Varese, y luego cuando dicho general, despues de restablecer la autoridad imperial en esta ciudad la dejó para dirigirse hácia otro punto. Garibaldi vuelve por medio de una contramarcha á Varese, y se apodera de él de nuevo, á pesar de la mucha guarnicion encargada de guardarlo. Despues le vemos volver á aparecer en Como, probablemente en iguales condiciones. Preciso es que ante estos ataques tan imprevistos, tan multiplicados, los austriacos se convenzan de que no poseen en toda la Lombardia sino el terreno donde se hallan acampados en fuerzas muy superiores. Las poblaciones se animan con estos cambios de fortuna; la insurreccion se generaliza, y los dos caminos del Stelvio y del Tonal están casi perdidos para los invasores de la Italia, que los han construido á todo coste como medios de sostener en él su dominacion.

La ocupacion de Milan por los ejércitos aliados permitira á Garibaldi hacer del Bergamaseo y del Bresciano el teatro de sus operaciones. En él hallara una poblacion y un terreno desigual, propios admirablemente para favorecer el género de guerra que debe llevar allí.

Módena ha sido ocupada por una brigada austriaca. En Toscana continua organizandose el 5.º

cuerpo. Algunos batallones han sido dirigidos sobre Pistole, con el fin, probablemente, de observar el camino de Pieve-di-Pelago. La division de Autemarre ha sido llamada á Génova, segun dice un periódico extranjero, con objeto de reemplazar en la Scivia al primer cuerpo.

En los Estados Romanos continúa la misma neutralidad que desde un principio.

Desde el 1.º de junio, día en que el cuartel general del rey Victor Manuel estaba en Torrione, y el del emperador Napoleon en Novara, hasta el 4 del mismo, apenas se ha tenido noticia de los ejércitos.

El movimiento que hizo el ejército francés despues de haber amenazado sucesivamente la izquierda de los austriacos en Casteggio y su centro, pareciendo querer ecitar un puente sobre el Sesia, frente por frente á Candia, se hallaba justificada claramente con la ocupacion de Novara. Pero mientras la izquierda de los aliados compuesta del 4.º cuerpo al mando del general Niel, sostenido por toda la guardia imperial, continuaba inundando la derecha de los austriacos, y llegaba al Tesino sin ningun encuentro sério, el ejército piemontés y el tercer cuerpo, al mando del mariscal Canrobert, detenia su marcha sobre Mortara. Vencedores en Palestro los dias 30 y 31, el 2 por la tarde los aliados no eran dueños todavía de Robbio, á 3 ó 4 kilómetros del campo de batalla. En esta misma jornada los austriacos, volviendo a tomar la ofensiva, empeñaron un ligero combate que no tenia otro objeto que el de ocultar su retirada, llevada á cabo en la noche del 2 al 3, sin que los franceses hubiesen hecho nada para determinarla.

Este movimiento retrospectivo era conocido de los cuerpos 2.º, 3.º y 7.º, mandados por los generales Lichtenstein, Schwartzenberg y Zobel. Despues de haber replegado los puestos que ocupaban á lo largo de la orilla izquierda del Pó, desde el confluente del Sesia hasta Valenza, se retiraron de Robbio sobre Vigerano, de Mortara y Lomello, sobre Berguardo y Pavia, donde volvieron á pasar el Tesino.

Su cuartel general se trasladó primero á Rosa-

- Con mucho trabajo, señor, porque el picaro se estima en mucho.
- Todo el mundo tiene una tarifa.
- Es verdad, señor, y la dificultad está en conocer los precios.
- Bien, bien; ¿y el portero?
- He tenido la precision de compartir con él las ganancias; ¿es otro tuno, señor!
- ¿Con que has desempeñado perfectamente tu papel?
- Así, así.
- ¿Y tienes la seguridad de que esos criados guardarán silencio?
- Respondo con mi cabeza.
- Eres un hombre de utilidad y provecho.
- Pero ¡ay señor! ¿Qué habeis hecho con mi amo?
- ¡Chist! dijo Frari llevándose un dedo á los labios; ya lo ves.
- ¡Es que ni aun respira! parece que está muerto!
- ¡Muerto murmuró Frari con una siniestra exaltacion. ¡Oh! no lo permita Dios, porque seria para mi el mas acerbo de los pesares.
- Pero si vos no le amais, señor! repuso el negro con candidez.
- Frari se inclinó sonriendo sobre Amurates como un avaro sobre su tesoro.
- Amurates parecia con efecto un cadáver, tenia esparcido un pálido matiz alrededor de las mejillas, las manos entrelazadas en el pecho, los párpados secos, la frente empañada, la nariz fria como el mármol y los labios crispados.
- El negro sintió conmovida una de sus fibras é hizo esfuerzos inauditos por contener una lágrima que amenazaba pulular en la estremidad de sus oscuras y vivaces pestañas.
- ¡Oh señor! balbuceó: oh amo mio!.....
- Y no pudo continuar; los sollozos se anudaban en su garganta como se ligan unos en otros los anillos de una serpiente.
- ¿Te arrepientes de haberle vendido? preguntó Frari con acento amargo y sombrío.
- El negro no contestó.

(Se continuará.)

tes, en la orilla izquierda de este río, á la altura de Vigerano, y despues, al dia siguiente, á Abbiate-Grasso, á 9 kilómetros mas al noroeste, en el camino de Milan á Casale.

La inmovilidad de los piemonteses y del mariscal Canrobert durante los dias 1.º y 2.º de junio, debia entrar en el plan adoptado. Para completar el movimiento tan hábil como atrevido, que trasladó los dos ejércitos de las llanuras de la Scrivia y de las alturas del Montferrat á Vercelli y Novara, la izquierda de los aliados debia procurar prevenir la derecha de los austriacos, á fin de echar puentes y pasar este río antes que el grueso del ejército enemigo hubiese podido tomar posicion en la orilla izquierda, y disputar las inmediaciones.

El ejército piemontés, vuelto el centro de izquierda que era, y el cuerpo Canrobert formando la estrema derecha, no debian, pues, procurar precipitar la retirada de los cuerpos que se le oponian.

Una parte de las tropas francesas subiendo desde Novara la orilla derecha del Tesino, echó puentes en Túrbigio, á 8 kilómetros por encima del puente de Buffalora ó Magenta, mientras el cuerpo del general Mac-Mahon amenazaba este último punto, que atraviesa el camino directo de Milan á Novara.

En Túrbigio habia que pasar, no solo el Tesino, sino tambien el gran canal, *Naviglio grande*, que estiende este río hasta Magenta, desde donde se dirige oblicuamente sobre Abbiate-Grasso, y de allí á Milan, llegando hasta el camino real.

Durante este movimiento, el cuerpo del mariscal Baragüey-d'Hilliers, habiendo abandonado á Casteggio, Montebello y la línea de la Staffora, desfilaba tras el Pó y el Sesia, y se encaminaba á la izquierda de ambos ejércitos, donde iba á apoyar los cuerpos destinados á pasar el Tesino.

Durante un momento se hubiese podido temer que este cuerpo, que permaneció solo en presencia de la izquierda austriaca, fuese atacado por fuerzas muy superiores, desembocando de Pavia ó de Stradella; pero los tudescos se dejaron engañar por las demostraciones de las patrullas de los aliados; permanecieron en sus acantonamientos esperando un ataque en el puente, donde ya no debia tener lugar. Limitáronse, pues, á hacer un reconocimiento al otro lado del Pó, en Bassiguano, y á la altura de Cervesina, sin notar, al parecer, que solo tenian delante una fila de fusileros y de milicianos, fácil de desbaratar. El estado mayor austriaco no demostró aquí tampoco ni atrevimiento ni prontitud en sus decisiones, ni vivacidad en sus movimientos.

Tal es el conjunto de las maniobras que han dado por resultado los sangrientos combates anunciados por los despachos telegráficos los dias 4 y 5 de junio, combates que han facilitado á los aliados el camino de Milan, cuyos habitantes, segun las noticias del 6, se habian sublevado, obligando á los austriacos á retirarse.

Para que nuestros lectores puedan tener una idea exacta de lo ocurrido en la accion de Palestro, insertamos á continuacion los pormenores relativos á este sangriento choque.

«Victor Manuel, dice una correspondencia extranjera, sabiendo que el enemigo se fortificaba en Palestro, Vinzaglio y Casalino, salió de Vercelli y atravesó el Sesia á la cabeza de las divisiones Fanti y Cialdini.

«El general Castelborgo y el general Durando tenian además una brigada.

«Fanti y Castelborgo se dirigieron via recta á Palestro, en tanto que Cialdini y Durando se dirigian hacia Casalino. Palestro era el punto en que debian reunirse las fuerzas piemontesas. Los austriacos que se habian atrincherado fuertemente en Palestro, recibieron por la noche refuerzos considerables de Mortara.

«Los bersaglieri sufrieron con firmeza heroica la metralla de la artilleria austriaca, y se lanzaron sobre ella á la bayoneta. Rechazados la primera vez, volvieron á la carga y sembraron el campo de cadáveres. Durante este tiempo el general Durando, que habia desalojado á los austriacos de Casalino y Vinzaglio, acudia sobre Pa-

leastro á paso de carga. Hizose entonces general la batalla: media bateria enemiga fué cogida por los bersaglieri que cercaron las piezas, haciendo prisioneros á los artilleros que las servian. Tomóse Palestro á la bayoneta, calle por calle, casa por casa, y se arrojó al enemigo de la poblacion, que siguió defendiéndose al batirse en retirada.

«Es preciso haber visto este país cruzado por riachuelos, de torrentes, de arrozales y fosos, que son otras tantas pequeñas fortificaciones, para comprender bien cuán difícil es desalojar á un enemigo que rechazado aquí, se rehace allá bajo protejido á cada paso por los mil accidentes del terreno.

«Sin embargo, los bersaglieri, que han sido los héroes de la bella jornada de Palestro, cargan por última vez á la bayoneta, y la retirada se convierte en completa derrota.

«El ejército sardo ha alcanzado una notable victoria. Los zuavos y los regimientos franceses se mantenian en segunda línea prontos á marchar á una señal del rey; pero esta señal no fué hecha, no hubo necesidad de recurrir á las bayonetas francesas. Palestro ha sido el Montebello francés.»

La segunda dice asi:

«Preparabase el rey Victor Manuel á atacar á Robbio, ocupado por el enemigo, cuando los austriacos, que querian tomar la revancha de la derrota de la vispera, se presentaron en gran número.

«Victor Manuel no tenia á sus órdenes mas que la division Cialdini, una parte de la division Fanti y el tercer regimiento de zuavos.

«La division del general Trochu se hallaba á alguna distancia del campo de batalla, pues tenia por mision especial proteger el movimiento del ejército francés que atravesaba el Sesia y la circulacion de los convoyes de viveres y municiones. La accion comenzada á las siete continuó hasta las nueve y media de la noche.

«Los zuavos colocados á 2,000 metros de distancia, estaban tomando café cuando cayeron cerca de ellos los primeros cascos de algunas bombas.

«Fórmanse en seguida, se dirigen al sitio del combate, atravesando arrozales y saltando fosos. A los 1,500 metros encuentran uno de los afluentes del Sesia, precipitanse en él y lo pasan con el agua hasta el cuello.

«Llegados á la orilla opuesta, vieron ante sí, y á 300 metros, dos baterias austriacas dispuestas á recibirlos. Sus cartuchos estaban mojados á consecuencia del paso del río: no habia, pues, mas alternativa, que huir ó avanzar á la bayoneta: en esto da la trompeta la señal de cargar; y el cañon enemigo truena vomitando metralla.

«Lanzáronse los zuavos bajo el fuego de la artilleria que los troncha como si fueran espigas. Tenian que atravesar un espacio de 300 metros barrido por la metralla.

«Llegan, sin embargo, á los cañones, matan á los artilleros sobre las piezas, destrozan cuanto encuentran, y toman posesion de las piezas que forman las baterias.

«En este momento, prevenido el emperador de lo que pasaba, corre al campo de batalla. El terrible choque de los zuavos habia quebrantado al enemigo; los piemonteses hicieron el resto. Atacan á las columnas austriacas por todas partes á la vez, las rechazan vigorosamente, y á las dos de la tarde los austriacos habian perdido todas sus posiciones, y se batian en retirada ante fuerzas dos veces inferiores en número.

«Esta victoria ha costado cara á los aliados, sobre todo á los zuavos, que han perdido bastante gente. Al capitán ayudante mayor D ú, á quien la noche anterior vi en Vercelli, le llevó la cabeza una bala de cañon. Otros oficiales están gravemente heridos.

«Los piemonteses han tenido tambien pérdidas de consideracion.

«En cuanto á los austriacos no creo exagerar calculando en 4,000 los hombres que han tenido fuera de combate. Un gran número de soldados perseguidos de cerca se han ahogado al atravesar el río.

«Hubo un momento, me decia un zuavo, en

que el río estaba completamente obstruido por cuerpos de hombres y de caballos.

«Se han cogido al enemigo unos mil y cien prisioneros. Cuenta además entre sus muertos un general y muchos oficiales.

«Esta noche he visto en Vercelli una docena de oficiales austriacos prisioneros, que eran conducidos ante el mariscal Vaillant para ser interrogados.

«Las tropas aliadas que han tomado parte en esta accion, han sido unos 12,000 hombres.

«Las de los austriacos se pueden calcular en 25,000.

«El emperador ha vuelto á Vercelli á las tres y media.»

En nuestro próximo número insertaremos el parte oficial de la batalla de Magenta, publicado por el *Moniteur* de Paris bajo el epigrafe de *Boletín del ejército de Italia*.

M. GARCÍA GONZALEZ.

EL MARISCAL BARAGÜEY D'HILLIERS.

Baragüey d'Hilliers (Aguiles conde), mariscal de Francia, vicepresidente del Senado, nació en Paris el 6 de setiembre de 1793. Hijo del general Luis Baragüey d'Hilliers, que murió por el emperador en 1813, fué soldado desde la infancia. En 1807 entró en el Prítaneo militar; fué nombrado subteniente de cazadores de caballeria en 1812, y una bala le llevó la mano izquierda en la batalla de Leipsick. Capitan en 1815, abrazó el partido de la Restauracion, y tuvo muchos desafios políticos. En 1827 fué elevado al grado de teniente coronel, y tomó parte en la expedicion de Argelia en 1830, de cuyas resultas fué nombrado coronel el 31 de agosto. Agregado en 1832 á la Escuela de Saint-Cyr, como segundo comandante, reprimió en ella un movimiento republicano, adquiriendo por su energía la confianza del gobierno. Promovido á mariscal de campo el 29 de seliembre de 1836, tomó el mando en jefe de la Escuela, y lo conservó hasta fines de 1840. Puesto á principios del siguiente año á disposicion del gobernador general de la Argelia, hizo muchas expediciones contra los arabes, y tuvo á sus órdenes al duque de Aumale, á cuyo valor hizo justicia en su relacion sobre la toma de Thaza. Fué nombrado teniente general el 6 de agosto de 1843, y comandante superior de Constantina. Pero á consecuencia de reveses, fué enviado de cuartel el 14 de enero de 1844.

M. Baragüey d'Hilliers era inspector general de infanteria desde 1847, cuando estalló la revolucion de febrero. El gobierno provisional le confió el mando de la division militar de Besancon. Su oposicion á los partidarios de M. Ledru Rollin le valió los sufragios de los moderados del Doubs, que le eligieron por representante en la Asamblea constituyente. El 15 de mayo se puso á disposicion de la Comision ejecutiva; pero no aceptó en las jornadas de julio el mando que le ofrecia el general Cavaignac. En general votó con la derecha. Despues de la eleccion del 10 de diciembre, fué uno de los jefes de la mayoría, y se asoció á todas las medidas represivas contra la prensa y los clubs. Fué uno de los fundadores y presidente del comité de la calle de Poitiers. Reelegido el segundo por el departamento del Doubs, se unió en la Asamblea legislativa á la politica del Eliseo. Fué enviado á Roma para reemplazar al general d'Hautpoul, y allí trabajó en la consolidacion de la autoridad del Papa. De regreso á Francia en 1850, fué nombrado el 9 de enero de 1851 comandante del ejército de Paris, en reemplazo del general Changarnier. Este cambio de personas promovió, por parte de la Asamblea, el voto de desconfianza que derribó al ministerio Baroche, á pesar de las protestas de respeto del general Baragüey por los derechos del poder legislativo. Seis meses despues dió su dimision de estas funciones temporales, para conformarse con la ley sobre las incompatibilidades parlamentarias.

El 2 de diciembre de 1851 concurrió á la realizacion del golpe de Estado, y fué nombrado miembro de la Comision consultiva. Cuando es-

talló la guerra entre Rusia y las potencias aliadas, el general Baragüey d'Hilliers fué encargado del mando del cuerpo expedicionario del Báltico, y se apoderó de la fortaleza de Bomarsund. Este triunfo le valió el grado de mariscal de Francia (28 de agosto de 1834), y su admisión en el Senado, del que es uno de los cuatro vicepresidentes. El mariscal Baragüey d'Hilliers fué condecorado el 11 de diciembre de 1850 con la gran cruz de la Legion de Honor. Hoy es comandante del 2.º cuerpo del ejército de Italia.

Ejército Sardo.—Los uniformes del ejército Sardo son una mezcla ó combinacion de los que usa la Francia y la Germania, no hallándose nada de notable en esta combinacion. La única particularidad que existe, es en los cuerpos de *Bersaglieri*, ó infantería ligera; pues además de ser su vestimenta vistosa, á la par que militar, es cómoda, y ofrece al individuo las ventajas de poderse manejar con toda libertad y soltura, siendo sus movimientos ágiles y desembarazados: usan estos cuerpos la levita oscura, cerrada y corta, pantalon ancho, que cae hasta el pié, igualmente oscuro, y sombrero de fieltro negro, galoneado, doblada el ala izquierda y sujeta por una presilla, de donde sale un plumero que cae hácia atrás.

La caballería se halla perfecta y admirablemente montada, y se halla dividida en dragones y lanceros.

Los artilleros ó ingenieros usan el mismo uniforme que el resto de los ejércitos de Europa.

SECCION RELIGIOSA.

LA PROCESION DEL CORPUS

EN VALENCIA.

La procesion del Corpus de Valencia es una de las funciones que mas nombrada y fama han tenido, no solamente en España, sino en el extranjero, desde siglos muy remotos. Es tal la celebridad de estas funciones, que en muchos casos ya en los siglos anteriores se habian celebrado aun fuera de su época, para obsequiar á algunos principes.

Así se ve, que Doña Blanca, hija del rey de Navarra, en el año de 1401, rogó á los jurados que gobernaban la ciudad de Valencia, que suspendiesen por algunos dias la funcion del Corpus para poder ella presenciar su magnífica procesion.

D. Fernando de Aragon manifestó tambien á los jurados cuán grato le seria que en las fiestas que dió para su coronacion la ciudad de Zaragoza, en 1414, sirviesen los adornos destinados á la solemnidad del Corpus en Valencia.

Cuando el emperador Carlos V llegó á Valencia, en 1528, uno de los obsequios mas principales que le tributó la ciudad, el que mas llamó su atencion entre las muchas y brillantes funciones que se celebraron, fué el haber verificado la procesion del Corpus; empero como no era á la sazón la época propia, en lugar de la Custodia, se llevó en la procesion un *liquum crucis*.

Mas tarde, en tiempo de Carlos III, tambien salió la procesion del Corpus, fuera de su estacion y de su época, para obsequiar á un embajador extranjero á quien la corte queria tributar grandes atenciones.

Antiquísima es la institucion de la procesion del Corpus en Valencia. Instituida esta procesion en toda la cristiandad por el papa Urbano IV, en el año de 1316, Valencia fué una de las ciudades que con mas gusto y entusiasmo admitieron el decreto en que el pontífice Urbano disponia el triunfo de la Eucaristia; y si no la admitió Valencia inmediatamente, fué porque cuando se dió este decreto, que con tanta aceptacion y generalidad ha recibido la cristiandad, se hallaban sus habitantes ocupados en desalojar los moros de sus cercanias, y en reparar los males que su funesta dominacion habia dejado en cinco siglos y medio. No podia Valencia consagrarse á celebrar el triunfo de la Eucaristia entonces con toda la magnificencia que deseaba; pero en el año de 1355, su obispo D. Hugo de Fenollet se propuso

realizar de una manera ostentosa y cumplida el decreto espedido por el pontífice 39 años antes, y determinó la celebracion de una procesion general y solemne en la que tomase parte, no solo el clero y los señores, sino tambien todo el pueblo.

Continuó celebrándose esta festividad, variándose la pompa, segun la mayor ó menor magnificencia de los que la dirigian, hasta que á principios del siglo xv, en 1416, se dieron reglas constantes y perpétuas para su celebracion, y se marcó la carrera que debia recorrer, que es exactamente la misma que los reyes de España habian llevado en sus entradas públicas.

Vamos, pues, á describir las costumbres estrañas, particulares con que se celebra esta festividad hace cuatro siglos. En estos tiempos parecerán notables algunas de estas circunstancias, que solo pueden conservarse por tener en favor suyo el apoyo de la costumbre, basada en el trascurso de 432 años. Hemos tenido necesidad de apelar al respeto que inspira la tradicion para poderlos conformar con alguna de las circunstancias y costumbres que se observan en esta procesion, que nos parecen desdejar altamente del espíritu de gravedad y religiosidad que debe acompañar á todas las ceremonias del culto católico. Creemos que un enemigo de la religion miraria con el mayor desden algunas de las ceremonias con que la ciudad de Valencia rodea una de las funciones mas religiosas, y en que debe brillar mas el espíritu de compostura, de modestia y de religiosidad.

No queremos hacer reflexiones; somos simples narradores: nuestros lectores podrán hacer las consideraciones que les sujiera su espíritu, si bien deben considerar que algunas de estas cosas que parecen inconvenientes en una funcion en que se presenta real y verdaderamente bajo las especies sacramentales el mismo Dios, y que hoy repugnan á la civilizacion del siglo, fueron hijas de la mas pura y acendrada fé en unos siglos en que la ilustracion y cultura de los animos no habia llegado á la altura presente; en una época que era la de la transicion de la barbarie al renacimiento.

La vispera del Corpus se anuncia la festividad solemnemente. En la plaza de la Constitucion y en la calle de los Caballeros se pone la *vela del Corpus*, que es un lienzo ó toldo azul y blanco, el cual coge la mayor parte de la plaza y de la calle. En aquella plaza se colocan los siete carros triunfales llamados *rocas*, los que han de preceder el dia siguiente á la solemne procesion del Corpus.

Desde por la mañana un aire de vida y de animacion se nota en toda la ciudad, la que recorren danzas y comparsas por todas las calles.

A las once, de la casa llamada de las Rocas, por custodiarse allí estos carros triunfales, sale un capellan vestido con hábitos talaes, caballero en un hermoso corcel adornado con gualdrapa de terciopelo negro, que tiene las armas de la ciudad bordadas de oro. Va acompañado este sacerdote de un piquete de caballeria y dos palafraneros. Siguen en pos de él las danzas y las comparsas que se dirigen á la casa del Ayuntamiento.

Al llegar allí bajan cuatro regidores, que son los comisarios de la fiesta, y montan á caballo principiando á andar la carrera de la procesion. Esta carrera es sumamente larga: atraviesa las principales calles de la ciudad, como son la plaza de la Constitucion, la calle de Caballeros, la Bolseria, la plaza del Mercado, la calle de los Porchets, la de San Vicente, la de la Sangre, la plaza de San Francisco, bajada del mismo nombre, plaza de Cajeros, otra vez á la calle de San Vicente, del Mar, de las Avellanas, de Palau, á la plaza de la Almoína, separándose al llegar á la esquina de la calle de las Avellanas para ir al palacio del capitán general, en la plaza de Santo Domingo, á convidarle á la funcion; y despues de haber recorrido la carrera van á la casa del gobernador de la provincia con el mismo objeto, retirándose despues á la *casa de las Rocas*. Va el sacerdote con el bonete en la mano invitando á todos á que asistan á la procesion del Corpus.

La comitiva que le acompaña, es en estremo grotesca. Van detrás de él dos figuras llamadas *Momos* con estandarte, y otras cinco acompañando á una jóven vestida de blanco con cetro y corona, que representa la virtud en medio de los siete pecados capitales, y esta comparsa camina precedida del *tabalet* y *dulzaina*, esos dos instrumentos cuyo alegre sonido entusiasma de un modo indecible los corazones del pueblo; y que son un legado que dejaron los árabes de su larga dominacion en aquella provincia. Van tambien danzas de niños vestidos de irlandeses, pastores y turcos, y otras de niñas con trajes polacos y una reina que las precede á todas. Una porcion de hombres vestidos á la antigua española van montados sobre unos caballos de mimbres y de carton, detrás de los cuales va una jóven sentada en una jumentilla llevando un niño Jesus en sus brazos, acompañada de un anciano que con sus largas barbas blancas y una enorme corona dorada, representan á la Santísima Virgen, á san José y al Niño en su huida de Egipto.

Siguen unos labradores con hoces y haces de trigo, representando la piadosa tradicion de haber granado el trigo milagrosamente al pasar por delante de aquellos sembrados Cristo, fugitivo de la persecucion de Herodes.

Detrás, montados en briosos caballos, marchan tres hombres enmascarados representando los tres Reyes magos seguidos de su servidumbre.

Cierran la comitiva los cuatro regidores montados con la guardia de los alguaciles del Ayuntamiento, y la asistencia de un escribano de juzgado. Necesaria es la asistencia de este funcionario, porque detrás de esta mascarada, que, en nuestro concepto, tanto desdeja de la solemne gravedad que debe acompañar á las funciones religiosas, viene otra comparsa que no concebimos cómo subsista en los tiempos modernos.

Esta comparsa, llamada la *Degolla*, viene vestida caprichosamente con coronas de laurel, figurando ser los soldados de Herodes cuando degollaban á los inocentes, y en ella cuarenta ó sesenta mozallones vestidos ridiculamente con unos rollos de pergamino ó de carton, con una vocería infernal, van sacudiendo golpes á derecha y á izquierda, á todas las personas que encuentran, sin reparar ni en sexo ni en edad, ni en jerarquia; costumbre bárbara, costumbre que en vano se apoya en el trascurso de los siglos, y que da margen á continuas personalidades y disputas, aunque para evitarlas y hacer respetar la costumbre y posesion de pegar á diestro y siniestro los degollas, van mezclados entre ellos los alguaciles del ayuntamiento y un piquete de caballeria. Nosotros que no conociamos esta bárbara costumbre, al vernos rapidamente acometidos por uno de aquellos disfrazados sayones de Herodes, y cuya barbarie debia de ser muy propia de los que él representaba, al sentir el rollo de pergamino sobre nuestros hombros, y mas que nada, al verlo alzar contra una linda jóven que parada á nuestro lado, se hallaba viendo desfilar la grotesca comitiva, instintivamente no pudimos menos de devolver un bofetón al atrevido soldado de Herodes.

Eramos forasteros, y á esto debimos el no sufrir la pena impuesta á los que se dan por sentidos y se ofenden de los inofensivos golpes de los *degollas*. Esta pena se reduce á permanecer arrestados durante el tiempo que dura la procesion del Corpus. Con esta advertencia procuramos despues, apenas oiamos el ruido que precede á la comparsa de los *degollas*, huir de ella en vez de apresurarnos á verla pasar como hacian las gentes del pueblo y las de la Huerta que llenaban la ciudad este dia. La *degolla*, no solamente hace sus gracias la vispera del Corpus, sino que el mismo dia de la festividad, á las doce, recorre otra vez la carrera de la procesion. Además de la *degolla* recorren las calles de la ciudad la vispera, una comparsa que representa á san Cristóbal. El protagonista es un hombre de elevada estatura, con un hermoso niño sobre los hombros que acompañado de varios peregrinos, representan una romeria á Jerusalem pasándose el santo un caudaloso río. El santo y los peregrinos bailan en las puertas de las casas de las principales autori-

dades, de los regidores, y representan una especie de auto sacramental.

La noche y la víspera del Corpus se coloca un tablado en la plaza de la Constitución, donde se hallan colocados en fila las rocas curiosamente iluminadas, y allí el pueblo, bajo la vela del Corpus y al eco de una armoniosa música, pasa agradablemente algunas horas respirando las suaves brisas que les envía el Mediterráneo.

Llega el día del Corpus, el día de la gran solemnidad. En este día a las ocho, en la iglesia metropolitana, se celebra la misa solemne de la Renovación, y se coloca el Santísimo Sacramento bajo un magnífico pabellón de tisú de plata.

Hemos asistido a esta misa. El aire recogido de los ministros del Altísimo, la asistencia de los veintiseis ancianos que con grandes ciriales representan los ancianos de la antigua ley de Moisés, la asistencia del cabildo con sus magníficos trajes de coroneados, lo majestuoso del culto, nos hizo recordar las mas solemnes funciones que habíamos presenciado en la primera de las iglesias del mundo, en san Pedro de Roma; y al ver la inmensa comitiva y la majestad con que el culto se celebra en la iglesia metropolitana de Valencia, creemos que el Pontífice supremo de la iglesia no hubiera echado de menos allí su magnífica y espléndida corte de Roma.

La procesion del Corpus se celebra, en la mayor parte de las ciudades de España, por la mañana; pero en Valencia y en todo el reino de Aragón se verifica por la tarde, en virtud de diversos privilegios y reales cédulas, y señaladamente de una de 5 de julio de 1677.

A las tres de la tarde se reúnen en la plaza del Almudín, así llamada por ser el sitio en donde se halla el edificio destinado para la contratación de los granos y harinas, todos los molineros con las mejores mulas, magníficamente enjaezadas, siendo el gremio de estos el que de antiquísimo tiene el privilegio de enganchar las rocas que preceden a la procesion, corriendo antes por toda la carrera.

Llámanse Rocas, como ya indicamos, siete carros triunfales que vienen a tener la forma de barco, de unos quince a veinte palmos de largo por ocho ó diez de ancho. En su parte posterior se levanta un templete, sobre el que está colocada la imagen ó la figura de lo que representará la roca.

Estas rocas han sido la obra paulatina de los siglos.

La primera está dedicada a la Virgen Santísima en el misterio de su Concepción, habiéndolo sido en 1664 por rescripto del papa Alejandro VII, y construida por la ciudad de Valencia en 1542.

La segunda, que llaman de la Trinidad, construida también en el año de 1542, lleva en su parte superior un grupo que representa la Trinidad, y en la parte inferior a Adán y Eva en el momento de ser arrojados, después de su culpa, del paraíso terrenal.

Sobre este carro, así como sobre los demás, se colocan una porción de personas; pero en éste vimos una representando al Padre Eterno, un ángel y un hombre vestido de diablo figurando la serpiente, y trepando bulliciosamente sobre un árbol.

La tercera roca representa la fé, vendados los ojos, con la cruz en la mano; y fué construida en el año de 1674.

La cuarta ostenta en su parte principal a san Vicente Ferrer con la espada en la mano, como protector de la ciudad de Valencia; y fué construida en el año de 1665.

La quinta, construída en 1335, tiene un san Miguel humillando bajo sus pies al diablo.

La sexta es la de Plutón. Fué construída en el año de 1642, y se renovó en el de 1702. En ella se ven los trofeos de la secta mahometana humillados por la luz del Evangelio; y una leyenda que hay en la espalda de este carro, lo espresa así terminantemente.

La séptima roca es de nuestro tiempo: fué construída en el año de 1855 cuando Valencia ha celebrado con tanta ostentacion la memoria del cuarto siglo de la canonizacion de san Vicente Ferrer. Es de mas gusto que sus seis compañeras,

y en ella se vé a la ciudad de Valencia con el escudo de armas sentada en noble y majestuosa actitud.

En todas estas rocas van una porcion de gentes con instrumentos; tocando, bañando y arrojando a los circunstantes y a los amigos que encierran al paso, flores, dulces y cucuruchos de confites. Una de las cosas admirables es el tifo certero de los molineros, los cuales arrojan los encuruchos de dulces desde las rocas hasta los cuartos terceros, y algunas veces hasta encima de los tejados.

Las rocas recorren solas la carrera: son como el prólogo de la procesion del Corpus. Cuando han terminado de recorrer la carrera, y se colocan otra vez en la plaza de los Desamparados, al dar las cinco de la tarde, comienza a salir la procesion del Corpus de la iglesia metropolitana, verificandolo por una de las puertas de los lados que llaman la puerta de los Apóstoles.

Difícil será para nosotros el describir las particularidades de esta célebre procesion; así es que enumeraremos solamente las cosas que mas nos han llamado la atencion, principiando por los seis reyes de armas que vestidos con cotas de seda y coronas doradas, llevan en lucidos estandartes el blason de la ciudad, y detrás de ellos va otro con igual vestido con el estandarte de las armas, que son cuatro barras rojas esmaltadas en campo de oro, que Luis V, rey de Francia, dió á Wifredo, conde de Barcelona y de esta ciudad, su invicto conquistador, sobreponiéndose un escudo con el murciélagó, simbolo de la vigilancia, y añadiendo Pedro IV, rey de Aragón, una corona con dos L. L., la leal.

Detrás de estos heraldos y de una lucida música, caminan seis enanos perfectamente ataviados y ocho gigantes. Los dos primeros de perfecta y agraciada construcción, van vestidos a la moda del día, y representan la Europa. En el año pasado de 1858 sobresalia, por el gusto con que se hallaba vestida y la riqueza de su traje, la gigante europea, la que ostentaba un inmenso mirinaque, tan inmenso que en algunas partes cogía al pasar toda la anchura de las estrechas calles de Valencia. Otros dos gigantes, ricamente vestidos de turcos, representaban el Asia; otros dos negros, el Africa, y otros dos, la América.

Esta especie de mascarada, tan agena de la gravedad de una ceremonia católica en que se presenta el mismo Dios sacramental, tiene, sin embargo, una significacion altamente piadosa: representa aquella comparsa que tanto alegría el ánimo de las gentes, que los pueblos desde el mas pequeño (los enanos) hasta el mas grande (los gigantes) rinden adoracion y culto al Dios que con su sangre redimió a todo el género humano.

Detrás de estos gigantes marchan los niños de las casas de la Misericordia y de la Beneficencia, las cofradías, y todos los gremios, con las imágenes de sus santos tutelares, de los cuales contamos hasta 52.

Van también los niños del colegio de san Vicente Ferrer, llevando con las andas la imagen de su santo Patron y fundador, y ostentando el pintoresco traje de los hijos de Domingo.

Seguian despues las cuatro virtudes cardinales representadas en Abigail, Ester, Judith y Rut. Cada una de estas llevaba los atributos que las habian hecho célebres y distinguidas en el pueblo de Dios.

Marchaban en seguida las doce tribus de Israel, representadas en doce ancianos vestidos de blanco, y otros personajes de la antigua ley, como Melquisedec, Abraham, Isaac, Josué, Jeeon, Caleb, Sanson, Moisés, Dávid y otros, con los símbolos respectivos de los panes de proposicion, los ramos de la tierra prometida, el sol en la mano en actitud de pararlo, y otros varios, ocupando el último lugar el anciano Noé con la paloma en la mano.

Trás de esta representacion de la ley antigua, seguian con paso mesurado y con los instrumentos de su martirio en la mano, los doce apóstoles vestidos con la mayor propiedad y belleza.

Detrás de los apóstoles, seguian los timbales y clarines de la ciudad tocando alegres sonatas.

Trás de ellos los ministros de la catedral, con

bor dones de plata para el despejo, y un diácono con la cruz parroquial de san Pedro.

Detrás de este marchan los cleros de las trece parroquias de la ciudad de Valencia; vestidos todos ellos con capas pluviales, precedidos de sus cruces, y llevando sobre andas los santos tutelares de las parroquias. Pocas cosas hemos visto que nos hayan causado mas grata impresion, ni que presenten un espectáculo mas rico y mas magnífico que el numeroso clero de Valencia, todos con sus capas pluviales recamadas de oro y plata; espectáculo admirable, acompañamiento ciertamente digno del Dios de los cielos!

Siguen cuatro reyes de armas y un hombre vestido ricamente a la antigua, abrazada la adarga, con las armas de la ciudad, a la que representa.

Detrás de él, sigue un hermoso niño, guiando un corderillo adornado con cintas, simbolo del gran Bautista, el santo precursor de Cristo.

Marchan en seguida las alegorias de los evangelistas, y el ángel san Rafael con el joven Tobías, forman un hermoso grupo que divide los cleros parroquiales de Valencia del de la metropolitana.

Precede a este el pertiguero, con un cetro de plata; la magnífica cruz de la iglesia metropolitana y los magníficos ciriales del mismo metal. Los canónigos todos, con sus capas pluviales rica y costosamente bordadas de oro, andan interpolados con las tres colosales y vistosas águilas escamadas de oro, que llevan de ala a ala colocada en el pico un testo del evangelio de san Juan.

En medio del cabildo van en andas las preciosas imágenes de plata de san Vicente Ferrer, san Luis Beltran, san Vicente, mártir, santo Tomás de Villanueva y un templete de María Santísima.

No sabemos qué admirar mas: si lo delicado de la ejecución de estas imágenes, ó la riqueza de la materia, celebrando que hayan podido salvarse de ser destruidas en la época de la revolucion, cuando tantas alhajas, obra y orgullo de nuestras artes, han sido fundidas para convertirse en moneda; cuando no fué respetada ni la espada del gran Gonzalo de Córdoba, de cuyo puño de plata solo pudieron sacarse doscientos reales, alhaja de inestimable valor, y que otro pueblo hubiera conservado con veneracion en uno de sus museos.

Dos niños con túnicas blancas y coronas de flores preceden a cuatro ciegos que representan al rey David y a los músicos de Israel, cuando trasladaron el Arca Santa de la casa de Abinadab a la de Obedon.

Lo que ahora sigue es una de las cosas que nos han causado mayor efecto; es una de las cosas que necesitan verse para poder experimentar la impresion de majestad y de respeto que inspiran. Veintiseis ancianos con barbas y cabelleras blancas, cubiertas sus cabezas con coronas de oro, ceñidos con unas ricas estolas, llevan en sus manos, con trabajo, unos blandones de peso de tres arrobas y media, simbolizando lo que brilló san Juan adorando el cordero. La luz que despiden estas colosales hachas, el recogimiento con que caminan los que con trabajo las conducen, todo produce un efecto mágico y admirable. Aquellas luces anuncian ya la cercanía del Santo de los Santos.

Trás de ellas todavía caminan seis mancebos lujosamente vestidos a la española antigua, armados de espada y daga, llevando en su mano riquísimos jarros de plata con los atributos del sacramento eucarístico y de las armas de la catedral, que son un ramo de azúcares de plata.

Un venerable sacerdote, rodeada la cabeza con una gran diadema de oro, con barbas y cabellera blanca que le cuelga hasta la cintura, vestido del alba y de la estola, lleva en las manos el libro santo de los Evangelios y una palma dorada. Aquel anciano representa al decano de los evangelistas, al autor del apocalipse; le acompaña un ángel con la cabeza ceñida de flores, y en la mano una palma primorosamente labrada.

Trás de él marcha la música de la santa iglesia metropolitana. Los músicos van con albas y tu-

nicelas de tafelan blanco y varas de benjuí, representando a Herman, a Saf y demás del orden levítico, que cantaban delante del tabernáculo del Señor. Estos cuidan también de hacer quitar los gorros y pañuelos de la cabeza de algún espectador distraído, y preceden a los nobles, a los títulos, a los grandes y a los jefes de todas graduaciones que van interpolados con los canónigos y dignidades.

Una nube densísima de incienso se eleva al cielo é impide ver lo que marcha tras de ella, con los veintiseis incensarios del clero de Valencia, dos por cada parroquia, los cuales levantan una nube de suavísimo olor que ofrecen a Jesús sacramentado, el cual, colocado en unas hermosas andas de plata, camina bajo el palio conducido por doce sacerdotes, alternando con otros tantos que alumbran con hachas la custodia.

La vista del Santísimo, rodeado de la densísima nube del incienso, al paso de la marcha real que tocan las músicas, el estruendo de los cañones de la ciudadela, el alegre sonido de las campanas, la luz de los inmensos blandones que llevan los ancianos, todo anuncia la majestad del Dios de los ejércitos, y da una idea magnífica y poderosa de la religión católica. ¡Ah! qué diferencia entre las ceremonias del culto católico y las áridas y estériles prácticas del protestantismo! Allí todo habla al corazón y a los sentidos; aquí falta todo.

El cántico de los ministros del Altísimo, el sonido de las campanas, el estruendo del cañon, la armonía de las músicas, las luces brillantes por todas partes, el silencio y proximidad de la noche, las nubes de incienso que se exhalan, las nubes de flores que arrojan sobre el palio desde todos los balcones, la tropa que rinde las armas, el pueblo que se postra; todo revela y anuncia el Omnipotente que marcha en triunfo por las calles de la ciudad, como había pasado en vida por los mismos pueblos haciendo el bien.

Detrás del tabernáculo caminaba el arzobispo, y los perligeros de la ciudad con varas para que nadie se cubriese todavía, y el Ayuntamiento cerraba la procesion.

Las diez de la noche es la hora en que ordinariamente vuelve la procesion a la catedral, magnífico espectáculo que no es dado ver en ninguna parte, ni aun en la misma capital del mundo cristiano. Sonaban los dos órganos al par que los timbales y clarines de la ciudad, los armoniosos cánticos del clero y las campanas pomposas de la iglesia, iluminada con mas de once mil luces, siguiendo todos los contornos de su arquitectura, desde las pilastras fundamentales hasta lo elevado de su cúpula, haciendo aparecer un dia claro, fantástico, indescriptible. Jamás podremos olvidar la solemne y magnífica procesion del Corpus de Valencia, de que, con razon pueden estar orgullosos los moradores de la noble ciudad del Cid.

JOSÉ MEÑÓZ GAVIRIA.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

Aparicion de un cometa: datos respecto al mismo.—Los acontecimientos de Italia y el cometa: diferencia entre nuestra época y los siglos pasados respecto a la influencia concedida a dichos astros.—La fragata de guerra *Novara*, encargada de una mision científica: conducta de los gobiernos de Francia y Cerdeña, relativamente a este buque.—Resultados obtenidos en su esploracion.—Certamen científico.—Temblor de tierra en Quito.

Los astrónomos se ocupan desde principios de abril último, de un cometa, que según las observaciones de M. Petit de Tolosa, Francia, encontrándose del sol, el 16 de mayo, a una distancia de 18 millones de leguas, alcanzó su alejamiento mínimo el día 29 del mes que hemos citado. Era este, en dicho día, de 7.800,000 leguas y recorría dos millones de leguas, en 24 horas, ó sean 24 leguas por segundo, velocidad doscientas veces mayor que la que anima a una bala de cañon. Desde el 29 de mayo se alejó del sol con un movimiento mas lento, pero bastante rápido con

todo, para que la linea recta que une el centro del astro del dia, al núcleo del cometa, cuente el 30 de junio una longitud de 36 millones de leguas. El cometa que nos ocupa, según los cálculos del mismo astrónomo de quien tomamos estas noticias, se mantendrá a una gran distancia de la tierra. El 24 de abril, día de su distancia mínima de nuestro globo, se encontraba alejado de 26 millones de leguas; el 16 de mayo distaba ya 32 millones, y el 29 del mismo mes, al encontrarse a su distancia mínima del sol, se hallaba alejado de la tierra de 42 millones de leguas, los cuales se elevarán a 49 millones, el día 30 de junio.

Sin que pretendamos ocuparnos, siquiera sea de una manera elemental, de la astronomía y de los medios que le prestan las matemáticas para calcular los movimientos y las perturbaciones pasadas, presentes y futuras, que se notan en el mundo celeste, no podemos menos de llamar la atención de nuestros lectores sobre la rara coincidencia que media entre la aparición del cometa de que les hemos dado cuenta, y los acontecimientos políticos de que Italia es hoy teatro. En la actualidad, gracias a la profusion de los conocimientos científicos, nadie ignora que los fenómenos celestes no ejercen influencia alguna respecto a los acontecimientos de nuestro globo, y por lo mismo solo se atribuirá su coincidencia, a una rara casualidad. No sucedía así desde los tiempos mas remotos hasta épocas no muy lejanas: los cometas se consideraban como mensajeros de calamidades públicas, y su aparición estimada como prodigiosa, era para la humanidad triste y futuro anuncio de la colera celeste. Newton y Halley fueron los primeros que estudiaron las leyes de los movimientos de los cometas, y al demostrar que su aparición puede fijarse, y al encerrar a estos astros en las fórmulas matemáticas, destruyeron un misterio que asombró a generaciones pasadas, echaron por tierra los maravillosos cuentos a que se prestan todos los fenómenos accidentales é irregulares, y probaron una vez mas, a cuanto llega el poder del genio y del talento.

La historia registra en sus páginas, de una manera elocuente, hechos mil que demuestran la influencia que sobre acontecimientos importantes ha ejercido la aparición de los cometas que hoy contemplan con curiosidad, pero con completa indiferencia, las personas, aun las menos instruidas. La astronomía, unida en otras edades a la astrología, no tiene en la actualidad a explotar la imaginación de los pueblos; y si ha perdido un ascendiente, dramático si se quiere, pero completamente opuesto a todo carácter científico, en cambio ha logrado aumentar su importancia, y que su estudio ocupe de una manera digna y especial a todos los pueblos civilizados. Merced a la popularización de sus leyes y principios, es bien seguro que ni los pueblos, ni los ejércitos, ni los soberanos que actualmente batallan en los campos de Italia, modificarán en lo mas mínimo ni sus propósitos, ni sus aspiraciones, ni sus planes estratégicos, al notar la aparición del cometa, de que hemos tratado, cual en otra época condujo uno de dichos astros a Guillermo el Conquistador y a sus normandos a invadir la Inglaterra; cual otro de ellos, el que todos hemos contemplado en 1838, decidió al gran emperador Carlos V a llevar a término su proyectada abdicación.

Demos cuenta a nuestros lectores de otra determinación tomada de comun acuerdo por los gobiernos de Francia y de Cerdeña, que viene a demostrar nuevamente el respeto que a todos los pueblos merecen hoy, las esploraciones científicas. Hace dos años que el gobierno de Austria destinó la magnífica fragata de guerra *Novara*, a un viaje alrededor del globo, con objeto de que recogiese en sus prolongadas escursiones todos los materiales que pueden ser motivo de estudio ó de aplicación, para las ciencias, las artes y la industria. Las últimas noticias recibidas de la Australia, han anunciado que la fragata *Novara*, acababa de llegar a la Nueva Celandia, y que la comision científica embarcada en dicho buque, se ocupaba con inusitado celo en las investiga-

ciones que constituyen su delicado cometido. Al estallar la guerra entre el Austria, la Francia y la Cerdeña, los gobiernos de estas dos últimas naciones han dado las órdenes oportunas a sus buques de guerra, a fin de que por pretexto alguno inquieten al buque enemigo encargado de una mision científica, cuya completa realizacion anhelan que cumpla por completo. Tal conducta es digna de los pueblos ilustrados que la han aceptado, y merece sinceros elogios de cuantos se interesan por los futuros progresos de las ciencias y de la industria. España se asocia, ciertamente, al aplauso con que todas las naciones han sabido la determinacion de Francia y de Cerdeña.

Creemos oportuno dar una idea general de los resultados que ha obtenido en su expedicion la fragata *Novara*. Han llegado a Viena mas de doscientas cincuenta cajas, cuyo contenido seria de difícil enumeracion: en ellas se encuentran preciosas preparaciones anatómicas, que reproducen las diferentes fases de las enfermedades de los tropicos; ricas colecciones craneológicas con los esqueletos de un Boschiman y de un Papou, y muestrarios interesantísimos de geología, de zoología, de botánica, etc. etc. Según se asegura, el archiduque Fernando Maximiliano se encuentra decidido, al regreso de la expedicion, a publicar a espensas del gobierno de Austria, así la descripción de los viajes, como los resultados obtenidos en ellos, respecto a las ciencias y a la industria. En Sidney, la comision científica del buque de que tratamos, ha levantado los planos y estudiado concienzudamente la formacion hullera existente en Drury. Respeto, pues, a los intrépidos marinos y a los sabios entusiastas, que en medio de peligros inminentes se lanzan a lejanas zonas, armados con los instrumentos que los progresos de las ciencias han procurado al hombre para estudiar las fuerzas químicas, mecánicas, físicas y fisiológicas, que a fuerza de dilatados siglos y de multiples elementos, originan todos los fenómenos que acusan los continentes, los mares y la atmósfera. En el inmenso teatro en que figuran, no deben encontrar vida los opuestos intereses que en otras esferas agitan a pueblos diversos y a razas distintas. El campo científico debe ser un palenque neutral, por todas las naciones respetado, y el siglo que tales principios proclama y sanciona, es por cierto un grande siglo.

La Junta de comercio de Avignon anuncia un certamen científico, para el cual instituye un premio de 5,000 francos, que se concederá el primer del próximo mes de agosto, al autor de una memoria que dé a conocer un procedimiento sencillo y eficaz, para determinar en la cochinilla y en los diferentes productos que de ella se originan, toda adulteracion ó mezcla que tenga un carácter fraudulento.

En una de las últimas sesiones de la Academia de ciencias de Paris, Mr. Boussingault ha dado algunos detalles respecto a la horrible catástrofe que ha arruinado por completo la ciudad de Quito, cuya elevacion sobre el nivel del mar es de 2,900 metros. El 22 del ultimo mes de marzo, se dejó sentir en toda la república del Ecuador un inmenso temblor de tierra: los fenómenos de este género, bastante frecuentes en las regiones a las cuales nos referimos, surgian sin gran inquietud por parte de sus habitantes, por inspirarles completa seguridad, respecto a los resultados de los terremotos, la proximidad del oráter del volcán de Pichincha. Pero los acontecimientos verdaderamente horribles de que ha sido teatro Quito, han patentizado de una manera tan desastrosa como triste, cual hace notar Mr. Boussingault, que los volcanes activos no son constantemente, como espone y defiende una teoría moderna geológica, válvulas de seguridad respecto a las zonas cercanas a las mismas, que según dicha doctrina, deben libertarse de los funestos accidentes que originan los volcanes. Este hecho merece y solicita justamente la atención y el estudio de los sabios.

JOSÉ CANALES Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Las últimas noticias del teatro de la guerra no están desposeídas de interés, como puede suponerse. Algunas municipalidades italianas han ofrecido la corona lombarda al rey de Cerdeña, lo cual concuerda en cierto modo con lo que ha dicho últimamente Napoleón III á los italianos, que combatesen bien ahora, para ser luego ciudadanos de una grande y libre nacion.

Sobre el numero de hombres que costó la batalla de Magenta á ambas partes beligerantes, no se está acorde. Unos despachos telegráficos aseguran que los austriacos perdieron 20,000 hombres y los aliados 5,000, mientras otros reducen aquellos á 18,000.

Los generales Mac-Mahon y Saint-Jean d'Angeli han sido ascendidos á mariscales. En Lyon se están acuñando dos clases de medallas para enviarlas al Piamonte con destino á los defensores de la independencia italiana. Cada una tiene el retrato de Napoleón III ó de Victor Manuel, y leyendas alusivas á los actuales acontecimientos.

El *Moniteur*, periódico oficial del vecino imperio ha notificado la declaración del bloqueo del puerto de Venecia, y salidas de este punto por las fuerzas navales francesas al mando del contraalmirante Jurien de la Graviere. Segun parece, el objeto de la expedición es forzar las tres entradas que dan paso á los canales que rodean á Venecia, y á los tres fondeaderos que llevan los nombres de Chioggia, Malamocco y Lido. En la escuadra francesa van lanchas cañoneras de poco calado.

Los ingleses, dice un diario, tienen una escuadra respetable frente á Venecia; otra en Trieste, sin contar las fuerzas navales de Corfú y de Malta, que son en extremo considerables. La marina militar británica, á pesar de su neutralidad, manifiesta una cohezon irresistible por estar en todas partes y presenciarlo todo, curiosidad que inquieta mucho á los franceses. En Liorna y en Génova tambien hay buques de guerra ingleses escurdiándolo todo, y lo que es peor todavía, afectando un aire de superioridad que irrita á los aliados hasta un punto indecible.

Hé aquí la orden general dada últimamente por el emperador Napoleón en el cuartel general de Alejandria:

«Orden general del ejército de Italia.—Todos los dias al oscurecer, el rey y los comandantes de los cuerpos de ejército remitirán al emperador una parte sucinta que contenga el número de hombres que hay sobre las armas, de cada una de ellas, los hechos importantes del día y los movimientos que hayan sabido del enemigo.

«Todos los dias, media hora antes de la salida del sol, tomarán las armas las tropas cual si debieran ser atacadas, y despues de amanecido y cercioradas de que el enemigo no ha hecho movimiento alguno ofensivo, volverán á sus acantonamientos. A la misma hora el rey y los comandantes de los cuerpos de ejército notificarán al Emperador lo que sepan acerca de la posición del enemigo.

«Los comandantes de los cuerpos de ejército vigilarán con la mayor severidad para que los oficiales no lleven bagaje alguno inútil. Prohibese á todos tener una tienda de grandes dimensiones. Los oficiales se alojarán siempre en las casas inmediatas á sus tropas.

«Si estas debiesen acampar durante muchos dias, distantes de lugares habitados, se les facilitarán tiendas de campañas por el cuartel general.

«Todo oficial debe llevar él mismo su capa, su bandolera y una bolsa donde quepan viveres para un dia.

«En el cuartel general de Alejandria.—Napoleón.»

La *Gaceta de Silesia* asegura que en todo el mes de agosto del presente año quedará listo en Viena el contingente militar de 1860, que anticipadamente se ha organizado para que se incorpore al ejército, y que asciende á unos 85,000 hombres. El emperador de Austria, antes de su

salida de Viena, ha decretado la creación de otros cuatro cuerpos, que se está realizando con grande actividad. Sus jefes serán probablemente el príncipe de Wurtemberg, y los generales conde Thun, baron Horvath y baron Reischak.

De Viena escriben al *Diario alemán de Francofort*, que el conde de Buol se disponia á dejar el Austria con toda su familia para establecerse en las cercanias de Mannheim, ignorándose los motivos que han debido inspirarle semejante resolución.

Segun un despacho telegráfico de Berlin, en Laveno, puerto de guerra del Lago Mayor, los austriacos han sacado del fondo del agua los barcos que habian sido echados á pique, cargándolos de bagajes para que sean remolcados por vapores á las aguas neutrales de la Suiza.

La nota dirigida por el cardenal Antonelli al cuerpo diplomático residente en Roma, estaba concebida en los siguientes términos:

«PALACIO DEL VATICANO.—Las esperanzas que se abrigaban acerca del mantenimiento de la paz en Europa, se han desvanecido.

«Segun lo que han declarado los diarios oficiales y los preparativos de guerra de dos grandes naciones, parece que las hostilidades empezarán pronto. Semejante estado de cosas preocupa vivamente el corazón del Padre santo, quien revestido del sublime carácter de Padre comun de todos los fieles, y en su calidad de vicario de aquel que es el autor de la paz, como tambien por el deber de su ministerio apostólico, nada desea, nada pide á Dios en sus fervientes oraciones, sino el que reine en la tierra un bien tan precioso como lo es el de la paz.

Sin embargo, en la amarga tristeza que embarga su corazón, Su Santidad se complace en confiar en la buena voluntad de las potencias para contener y disminuir al menos los graves peligros que amenazan á Europa si es que pueden conjurarse todavía. Cualquiera que sea el giro que estos acontecimientos tomen, Su Santidad pide, con razón, que en caso de guerra se respete, bajo todos conceptos, la neutralidad que el gobierno pontifical debe guardar por su carácter especial, neutralidad de la que jamás podría apartarse, como lo ha declarado en otras circunstancias, y lo declara hoy por justos motivos. Su Santidad espera, pues, que en esta guerra se respetará su neutralidad, y que se alejará de los dominios de la Iglesia toda colisión que pudiera convertirse en detrimento de los Estados y de los subditos del gobierno pontificio.

«Aun cuando el Padre santo confie plenamente en las razones supradichas, al tratar una cuestión tan importante, ha creído, sin embargo, dar al infrascrito cardenal, secretario de Estado, la misión especial de dirigir á V. E. la presente nota, rogándole se sirva comunicarla á su gobierno, haciéndole comprender la conveniencia que ha de reportarle el dejar al gobierno pontificio y sus estados en una condicion que no altere en nada la neutralidad que le es propia á consecuencia de su carácter especial; neutralidad que el derecho público reconoce y que las potencias han admitido siempre en circunstancias análogas.

«Entre tanto que V. E. se sirva contestar afirmativamente á esta comunicacion, el infrascrito tiene el honor de renovar los sentimientos de su alta consideracion.

«Firmado: Jacobo, cardenal Antonelli.»

A continuacion insertamos el discurso pronunciado por la reina Victoria con motivo de la apertura del parlamento británico:

«Milores y señores: Acudo con satisfacción en el estado de perplejidad en que se hallan los asuntos, á los consejos de mi Parlamento que he convocado para que se reuniese en el mas corto plazo posible. He dispuesto que se pongan ante vuestros ojos los documentos que servirán para daros á conocer cuán incesantes y cuán vivos han sido mis esfuerzos para conservar la paz de Europa. Estos esfuerzos han fracasado desgraciadamente, y la guerra ha sido necesaria entre Francia y Cerdeña, por una parte, y Austria, por otra. Recibiendo seguridades de amistad de las partes beligerantes, me propongo conservar entre ellas una estricta é imparcial neutralidad, y es-

pero, con el auxilio de Dios, conservar á mi pueblo en el beneficio de la continuacion de la paz. Teniendo en cuenta, sin embargo, el estado actual de Europa, he creído necesario á la seguridad de mis Estados y al honor de mi corona, el aumento de mis fuerzas navales, en una proporcion distinta de la sancionada por el Parlamento. Cuento confiadamente con el concurso cordial que habeis de dar á esta medida de precaucion dictada por una politica defensiva.

«Habiéndome participado el rey de las Dos-Sicilias la muerte del rey su padre y su advenimiento al trono, he creído conveniente, de acuerdo con el Emperador de los franceses, reanudar mis relaciones diplomáticas con la corte de Nápoles, relaciones que habian sido suspendidas durante el reinado precedente.—Daré con placer mi sancion á toda medida bien meditada para la modificacion de las leyes que rigen para la representacion de mi pueblo en el Parlamento; y si vosotros sois de opinion de que la necesidad de prestar vuestra atencion inmediata á las medidas de urgencia, relativas á la defensa de la situacion financiera del pais, no os dejará el tiempo suficiente para confeccionar una ley durante la presente legislatura, sobre una cuestion, á la vez tan difícil y que abarca tantos intereses, espero que al empezar la próxima legislatura, consagraréis vuestra seria atencion á un asunto cuya pronta y satisfactoria solucion seria un gran beneficio para el pais. Estoy convencida de que llenaréis con celo y actividad vuestros deberes parlamentarios, y ruego á Dios para que el resultado de vuestras deliberaciones tienda á asegurar al pais la continuacion de la paz en el exterior, y un mejoramiento progresivo en el interior.»

Tambien el emperador del Brasil ha abierto el Parlamento, pronunciando un notable discurso.

En Nápoles ha habido un cambio de ministerio. El general Filangieri ha sido nombrado presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra.

Acaba de celebrarse un tratado de comercio entre Portugal y el Japon.

Los periódicos de Nueva-York traen buenas noticias de las repúblicas de Nicaragua, san Salvador y Nueva-Granada.

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por una circular del ministerio de la Guerra se manda restablecer la situacion de reemplazo en las carreras politico y juridico-militares.

—La *Gaceta* del día 7 de junio publica el acta del nacimiento y presentacion del príncipe que S. A. R. la infanta doña Maria Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier, ha dado á luz en la ciudad de Sanlúcar de Barrameda.

—Han sido aprobados por S. M. los estatutos de la real Academia de Ciencias morales y politicas.

—A consecuencia de la subasta verificada el día 6 para contratar el servicio de la conduccion de la correspondencia entre la Peninsula y las islas de Cuba y Puerto-Rico, S. M. la reina se ha servido aprobar la adjudicacion hecha á D. Eusebio Golart, D. M. Martorell y D. Pablo Maria Tintore, por la cantidad de 29,850 pesos por viaje redondo, ida y vuelta.

—Segun datos oficiales, en fin de marzo del presente año, las clases pasivas que cobran del Erario, comprendian 49,104 individuos, los que recibieron en aquel mes 11,895,206 rs. Esta cantidad es menor en 322,481 rs. 26 cént. á la que se pagó en fin de diciembre de 1858 por efecto de preferente colocacion de cesantes dispuesta por el ministerio.

—Está llamando la atencion pública el proceso formado sobre el espediente de los 130,000 cargos de piedra, por lo cual el Congreso de diputados ha declarado que ha lugar á exigir la responsabilidad al ministro que fué de Fomento, D. Agustín Estéban Collantes, y á llevar su acu-

sacion ante el Senado, con arreglo á la Constitucion y al reglamento. El dia 12 de abril se verificó la detencion del ex-ministro y de D. Ildefonso Luque, y al dia siguiente de D. Juan Bautista Beraterrechea. El Senado se ha constituido en tribunal y siguen ahora los debates. No ha salido todavia la sentencia que consignaremos en nuestra próxima crónica.

—Escriben de Sanlúcar que se ha acordado la construccion de la via férrea desde aquella ciudad á la de Jerez, bajo la proteccion de SS. AA. RR. los duques de Montpensier.

—El domingo 5 tuvo lugar en el salon de la Bolsa de Madrid la reunion para tratar de la reforma de los aranceles.

—El 30 de mayo se celebró la junta general de la empresa de los ferro-carriles de Madrid á Alicante y Zaragoza. El número de asistentes era de 119, representando 1.023 votos. Se aprobaron las cuentas del año de 1858, y la reunion se separó, felicitándose de los resultados ya obtenidos. Segun la memoria, los productos del ejercicio de 1858 ascienden á 12.046,632 rs., que añadidos á los de los ejercicios anteriores, constituyen un total repartible de 14.175,655 rs. vn.

—Se van á aumentar las fortificaciones del puerto y arsenal del Ferrol. Se asegura que este verano principiarán los trabajos y que continuaran con toda actividad.

—Dicen de Andalucia que la cosecha de trigo será abundantísima y como no se ha cogido hace muchos años.

—Han salido de Madrid los oficiales de la comision española que van á Italia á estudiar la guerra en los campos de los aliados. El dia antes fué á despedirse de SS. MM., oyendo frases muy lisonjeras para sus individuos, relativas á lo bien representada que quedaria la nacion española en una guerra en que conservamos la neutralidad, por la continuacion de la cual espesaron SS. MM. los votos que hacian, así como por la terminacion de la guerra.

—Dentro de breves dias cumplirá el término señalado por el gobierno, para que en toda España y en todas sus dependencias comience a regir el sistema decimal de pesos y medidas. Generalmente, dice con este motivo la *España Mercantil*, el comercio por mayor y menor, sigue utilizando el sistema antiguo, sin comprender que mañana ú otro dia sus libros, sus cuentas y sus mas detalladas operaciones, tendrán que ser revisadas, cuando menos, en los siniestros tan frecuentes en la actividad comercial, y á que están llamados á juzgar los tribunales de comercio ó los juzgados de primera instancia.

—Despues de haber sido puesto en capilla, sufrió la pena en garrote el jardinero, asesino de la jóven peinadora que vivia en la calle de Felipe III, en presencia de una inmensa concurrencia.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Pocas, muy pocas líneas consagraremos en el presente número á la revista semanal de teatros. por la sencillísima razon de que, a escepcion del coliseo de la calle de Jovellanos, nada nuevo nos han dado en estos siete dias trascurridos, el Principe y el Circo. Este último, donde se ha abierto un abono por quince funciones mas, nos ha dado *Muri Hernandez la Gallega*, *La Niña bobá* y *Otra casa con dos puertas*. En todas ellas ha trabajado la eminente actriz Matilde Díez, y en todas ha brillado á la altura de su bien sentada reputacion.

El coliseo del Principe ha prolongado tambien su vida unos dias mas, á fin de quedar á cubierto su empresa de los compromisos de beneficios de algunos actores. Ha puesto, pues, en escena algunas divertidas y variadas piezas en un acto, pero todas demasiado vistas y conocidas del público: Entre estas se ha repetido el vaudeville francés *Un garçon de chez Very*, de la que la Valentiní sabe sacar tanto partido.

El teatro de la Zarzuela nos ha dado una nueva en un acto y en verso, letra de D. José Picon y música del Sr. Caballero, titulada *La Guerra de los sombreros*. Los innumerables chistes, todos de buena ley, de que está salpicada esta gaceta lírica, como la llama su autor modestamente, y la pureza y fluidez de su versificación, la han hecho obtener un éxito tan justo como merecido. El numeroso y escogido público que llenaba todas las localidades, no cesó de aplaudir durante la representacion de este lindo juguete, llamando á su conclusion al palco escénico al autor y compositor: solo se presentó este último por no hallarse el Sr. Picon en el teatro, segun nos dijeron.

Justo será decir que tambien ha contribuido mucho al buen éxito de esta obra el inmejorable desempeño de cuantos en ella tomaron parte. Tanto la Srta. Murillo como los Sres. Salas, Cubero y Calvet, interpretaron perfectamente sus papeles, y nada dejaron que desear. En cuanto á los coros, los de mujeres estuvieron medianamente, y los de hombres con toda perfeccion.

La compañía que actuaba en el teatro de la calle de la Magdalena, ha cerrado definitivamente sus puertas por la presente temporada, habiendo pasado á dar algunas representaciones en Barcelona los individuos que componian su escogida troupe.

Ultimamente y como funcion de despedida de esta corte, pusieron en escena algunos de sus mas aplaudidos vaudevilles, así como tambien algunas de las canciones que mas han agradado en esta temporada: citaremos entre estas la titulada *Le Beau Nicolás*, que ha merecido siempre los honores del bis, y que Mr. James canta con tanta gracia y maestría.

Sentimos sinceramente la marcha de tan excelentes actores, y deseamos que en la culta capital del Principado hayan tenido la honrosa acogida á que eran acreedores por su laboriosidad y mérito.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Tratado de los principios é influencia práctica de la imposicion, y del sistema de crear fondos, por el caballero Mac-Culloch, miembro del Instituto de Francia. Segunda edicion, corregida, aumentada y mejorada. Traducido del inglés, por D. Andrés García Camba. Un vol. en 4.º Madrid, 1857.

No serémos nosotros quienes hayan de esforzarse en ponderar el mérito de una de las mejores y mas actuales publicaciones, de un escritor tan eminente y concienzudo en la ciencia económica, como Mac-Culloch, que podemos considerar como el príncipe de los economistas modernos. Sus obras son conocidas de todos los inteligentes; por eso, al anunciar la presente, indicaremos su carácter con una brevedad, incompatible con la prolijidad de un juicio crítico. Considerar el impuesto en su esencia y en sus varias aplicaciones, procediendo de la teoría á la práctica en cada tratado, y acompañando cada ratiocinio con ejemplos puestos en realce con el guarismo, tal es el objeto general de este trabajo. Su doctrina se apoya muchas veces en la de Smith y otras autoridades de la ciencia, y no pocas las combate; pero aun aceptandolas, nunca se percibe mas que la noble independencia del genio, no el servil asentimiento del que solo sabe de oídas. Aunque la aplicacion ejemplar recae siempre sobre hechos que conciernen á la patria del autor, esto en nada aminora para nuestro pais el interés de la obra, puesto que, salvo los nombres y el tanto mas ó menos, las especies del impuesto son unas mismas en Inglaterra que en España: sobre que el autor es sobradamente ilustrado para consignar principios generales, que no fueran aplicables á todo pais, en que exista un sistema rentístico ó fiscal; y, si aduce ejemplos tomados de la forma y modo de las contribuciones inglesas, es porque el hacerlo así era lo mas natural en

un escritor inglés. La traduccion nos parece correcta y aun fluida, cuanto cabe en la de un trabajo científico, cargado de términos técnicos y precisos, en que no es fácil tengan lugar las elegancias y retóricas divagaciones. Recomendamos, en suma, á los aficionados á la ciencia económica este libro de sana, oportuna y abundante lectura.

FRANCISCO DE BORJA GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Études theoriques et pratiques sur les propriétés et l'emploi de l'acier, par J. B. J. DESBOYE.—Paris.—Librairie de Lacroix et Baudry.

La utilidad del acero no es desconocida hoy dia. Ha llegado á decirse que el mayor ó menor consumo del acero en una nacion, puede dar á conocer la altura industrial en que la misma se encuentre. El autor da las nociones generales y precisas sobre el acero, y la distincion física entre el acero y el hierro. La obra está dividida en cuatro partes. En la primera se examina el origen y el progreso del arte de fabricar el acero, con consideraciones críticas, á la par que históricas, y se presenta la historia del desarrollo de las fabricas francesas y las teorías de Beaumur, Perret, Clouet, Vandermonde, Monge y Berthollet, sin olvidar la teoría moderna. La segunda parte abraza diversas generalidades acerca de la naturaleza del acero y sus propiedades nativas, la comparacion entre diversos aceros y sus distinciones características, las demostraciones y resultados experimentales, los diversos centros de produccion y consideraciones económicas. En la tercera parte se estudian sus propiedades características, á saber: bondad, homogeneidad, ductilidad, densidad, fuerza, tenacidad, vivacidad, dureza, elasticidad, flexibilidad, porosidad, etc., y en la parte cuarta se trata del empleo del acero, considerado en las manipulaciones que se le hace sufrir.

JANER.

LA PRENSA PERIÓDICA

Y EL SERVICIO DE CORREOS.

Con este titulo ha publicado las *Novedades* un artículo lleno de tantas quejas como razones, relativamente al estravio que experimentan los números de aquel periódico remitidos á provincias. Nuestro colega invita á los demás periódicos y empresas del comercio de libros, á que levanten con él la voz hasta el Gobierno, con el objeto de que se ponga pronto y eficaz remedio al funesto desórden que se deplora.

Nos asociamos en un todo á las *Novedades* y á cuantos se esfuerzan enérgicamente á reclamar contra los abusos que se notan acerca de eso en el ramo de Correos, no solo porque á nuestro colega le sobra la razon, y es muy fundado cuanto dice, sino porque nosotros somos tambien todos los dias víctimas de ese desórden y esos abusos, con los cuales es imposible que se sostenga ninguna empresa literaria; puesto que son incalculables las pérdidas que se experimentan con el estravio de los números, no solo por la materialidad de los ejemplares, que así se inutilizan, sino porque eso da lugar á bajas de suscripciones. Nada mas comun que lamentarse los suscritores de la falta de los números, creyendo que es culpa de la empresa ó direccion; mientras que donde está la causa, es en el ramo de Correos, y en especial en las administraciones y cajas de provincia.

Esperamos que el señor Director de Correos remediará pronto y eficazmente un mal que, sobre ocasionar graves perjuicios á los gobernados, no honra mucho á los gobernantes.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière,
—editor responsable y propietario.—

